Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI — San José, Costa Rica **1930** Sábado 27 de Setiembre — Núm. 12

Año XII. No. 508

SUMARIO

Profesores españoles en América..... ..... *Gabriela Mistral*
Carta a un joven argentino que estudia filosofía.... *José Ortega y Gasset*
España docente..... ..... *Francisco García Calderón*
Alianza Unionista de la Gran Colombia.....
Los dos ruiseñores..... *H. C. Andersen*
Dos glosas..... ..... *A. H. Pallais*
Al inaugurarse en Bogotá, el busto de José Asunción Silva .... *L. E. Nieto Caballero*
«Viento grande en el alba de otra edad» ....
Dos Capítulos de *El Apocalipsis de San Lenin*..... *Arturo Capdevila*
Poesías..... .... *Primitivo Herrera*
El Macho-Ratón .... *Salomón de la Selva*
De Chile han vuelto..... ..... *Juan del Camino*
Los estudiantes de Costa Rica, regresan de Chile sin título, pero con honor..... ..... *Carmen Lyra*
Tablero (1930)..... .....

Profesores españoles en América

=De *A B C*. Madrid=

Todavía no amainan los comentarios, de las modulaciones más diversas, sobre el ensayo argentino, de Ortega y Gasset, en el tomo VII del *Espectador*. Ha corrido bastante tinta, y el ensayista, que, entre otros *sports*, gustá también éste de desagradar voluntariamente, después de haber agradado mucho, debe estar contento de aquel zarandeo; la algarada es un puro homenaje, una celebración en dominó blanco-negro.

La mayoría de nuestra gente tiene un concepto que yo no sé llamar si feudal o ingenuo—de déspota o de niño—sobre el conferencista o sobre el simple viajero que les llega a la casa.

Los derechos del viajero no andan todavía en artículos numerados, pero forman parte del derecho natural, y, mientras no los fije una institución acuciosa, los establece el sentido común, el más llano sentido común.

El viajero intelectual, como el financista, pueden encontrarnos deficientes las capitales mejores y pésimas las medianitas; ellos pueden, si son hombres corteses, callar su desacuerdo mientras permanecen en el país, y darse el contentamiento —tan vivo y tan sabroso—de decirlo todo cuando vuelven a su tierra.

En el caso presente la simple calidad de profesor del viajero, que se llama nada menos que Ortega y Gasset, debería señalarle un perímetro desatado de independencia. Profesor es, en esta circunstancia, un observador, más que un contador; es un recortador de la silueta nacional, más un publicista de su estampa; es un hombre con profesión de juicio, y convidado a juzgar por los mismos dueños de casa. Lleva en su carpeta de papeles ciertos apuntes de los cursos pedidos, pero lleva también, y esto sin remedio, unos ojos *prontos*, unos ojos sin escama voluntaria ni involuntaria para ver cuanto le dejen ver.

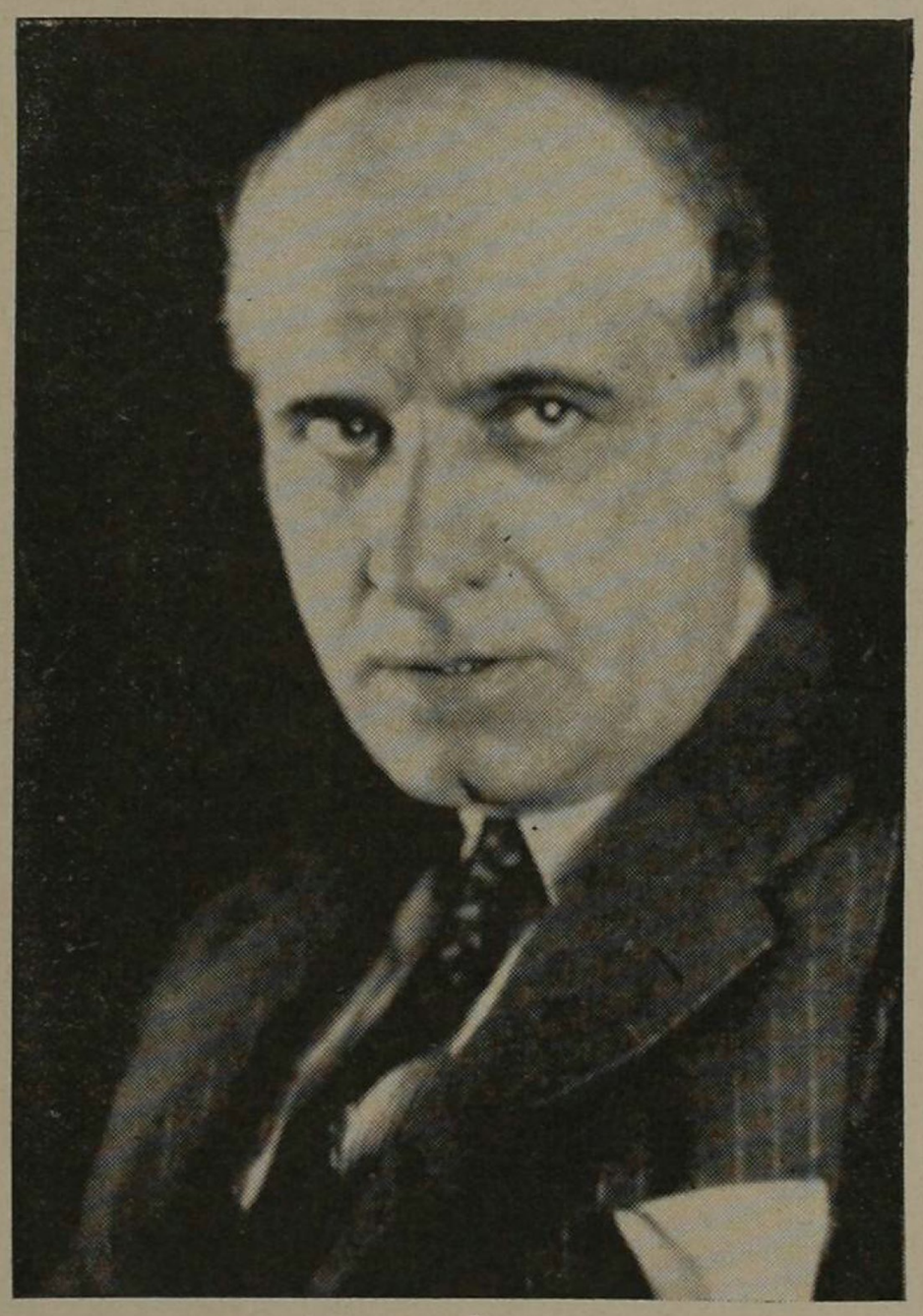
La institución convidadora corre sus riesgos cuando el invitado se llama Ortega y Gasset, o sea un crítico sabio de todos como inventariador riguroso de valores, mondador de apariencias y... cobrador de promesas. Conducirlo hacia nosotros significa exponer la piel común a una agujita que no tiene nada de roma, y que de la piel se corre al músculo, por el tacto de lo mórbido, y de éste al hueso, por el tacto de lo seco.

La desesperación ibérica, la acedía española, entran con porción infinitesimal, si es que entran, en nuestro ensayista; él es un hombre de buenos humores, que le cuida el *golf*, testigo entusiasmado de cualquier espectáculo de vitalidad, y deseoso de excitar cuanto en nuestra raza está vivo, de hostigar lo que ve lisiado y de golpear en las cáscaras muertas. La Argentina debía gustarle en buena parte, y le gustó.

Yo me acuerdo de los elogios que le oí en una conversación conmigo sobre «esa América europea ya casi organizada y en arreos de hacer lo que le falta con métodos también europeos». El elogio, aunque me tocara a mí, por Chile, en un tercio, me clavó una espinita de preocupación por saber si la «otra América», menos blanca y más bien prieta, le inspiraba desconfianza o al menos desabrimiento. No se lo pregunté en derechura, yo, que suelo ser bastante confianzuda, porque Ortega y Gasset es hombre que para en seco cualquier impertinencia y reduce al oyente, sin mover un dedo, al marco de lo debido, de lo que él le consiente.

Me he acordado de este elogio de la Argentina, dicho en ausencia de auditor ríoplatense, leyendo algún comentario colérico sobre su trabajo. Me acordaba también de lo que me decía otro español sobre nuestro apetito desaforado de alabanza: «No se contentan ustedes con la onza; hay que darles la arroba, y la arroba es fea de ver y molesta de cargar. ¿No es cierto?»

Ortega y Gasset no es persona de asustarse con este chubasco de resentimiento, y tampoco con un diluvio en regla. Pero no está de más decir algo sobre lo que ha ocurrido y que sirva algo de prevención para



Ortega y Gasset

Carta a un joven argentino que estudia filosofía

= Del tomo IV de *El Espectador* =

Me ha complacido mucho su carta, amigo mío. Encuentro en ella algo que es hoy insólito encontrar en un joven, y especialmente en un joven argentino. Pregunta usted algunas cosas, es decir, admite usted la posibilidad de que las ignora. Ese poro de ignorancia que deja usted abierto en el área pulimentada de su espíritu, le salvará. Por él se infiltrará un superior conocimiento. Créame: no hay nada más fecundo que la ignorancia consciente de sí misma. Desde Platón hasta la fecha, los más agudos pensadores no han encontrado mejor definición de la ciencia que el título antepuesto por el gran Cusano a uno de sus libros: *De docta ignorantia*. La ciencia es, ante todo y sobre todo, un docto ignorar. Por la sencilla razón de que las soluciones, el saber que se sabe,

(Pasa a la página 186)

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

los otros países en que todavía no desembarca este hombre de verdades. El irá a Chile, y seguirá por el Pacífico hasta Colombia, atendiendo convites numerosos, y no poco efusivos, que le siguen llegando. Él ha trinchado la América nuestra por el pedazo que es el más firme, según el decir corriente; se puede pensar que cuando mastique el resto sienta menos complacencia todavía y corrija más fuerte y más tupido.

Hay que dejarlo decir, no sólo con cortesía, sino con un buen poco de agradecimiento. Entre las cosas que faltan en nuestros trigos está la buena crítica y la saludable oposición. Lo cual no quiere decir que allá vivamos nadando en la melaza de nuestra caña y cambiando de la mano a la mano un lindo colibrí por un lindo colibrí. Nos golpeamos, pero con rabia, muy congestionados o muy biliosos, muy colorados o muy amarillos, y eso no vale y no convence de ninguna cosa. Tenemos crítica literaria dentro de esa misma modalidad fisiológica. Nos falta la crítica de las costumbres, que es la que ha hecho Ortega y Gasset, y una crítica más panorámica que detallista. Nos faltan ojos topográficos, una mirada sin interés de engañarnos y con cierto deseo, de ingeniero pariente, de que nuestra topografía —suelo y paisaje—sea firme hoy y pulida mañana. Esta mirada no puede ser otra que la española. Las razones son perogrullescas: los españoles no son tan nuestros que tartamudeen para confesar nuestra llaguita o nuestro simple rengueo; ni son tan extraños que, al tocarnos el tejido y el tendón, deje de dolerles lo magullado que vean y lo fofo que hurguen.

Ortega y Gasset está exento de ese internacionalismo oblicuo, que suele ser un «amar a todos, porque no importa mucho ninguno». Le conocemos, en vez de eso, un cuidado ceñido, que a trechos toma su poquito de trémolo, por el destino de la raza española.

Podemos decir, siempre que no exageremos demasiado, que la vida americana, la institución americana, el «campeonato» americano, le importan de veras y le retienen el ojo bastante tiempo. El que le importamos se prueba con este voltear lo visto, con este organizar sus sensaciones argentinas, con este revisar lo pensado de prisa y también con este reincidir en el viaje.

Aceptemos este crítico, a riesgo de no aceptar ninguno, si este juicio suyo, tan probo y tan refrenado, tan familiar de tono y tan poco cesáreo, nos saca de quicio.

Ni por casualidad ni por malignidad Ortega y Gasset ha apuntado su primera flecha hacia nuestra vanidad. Profesores franceses, de regreso de América, confían al suramericano de París el mismo reparo, el mismo disgusto, cuando éste es uno capaz de escuchar lo desagradable, de dejarse correr la hiel por la oreja:

«Demasiado envalentonados por su holgura, demasiado vanidosos por el éxito... de la Naturaleza; demasiado orondos por una civilización pintona aún, y que camina hacia una cultura; pero que no puede llegar todavía por leyes humanas y divinas...»

Corriendo el termómetro de Méjico a Chile esta fiebre de la vanidad—porque es una calentura—entrega grados más grados menos, pero en ningún paralelo baja a cero, en ninguna frontera se deja esta malaria, y en el siguiente recibe al viajero con su cara conocida y sigue con él hasta Estados Unidos, donde desaparece cortada como por cuchillo, puede decirse, degollada.

El Sagitario apuntó bien a nuestro defecto más corpulento. Al cabo, la vanidad es un achaque de pueblo niño o de pueblo senil y ha de curársenos en la edad viril. Peores son las avaricias y los belicismos nacionales y pútridos de la Europa llamada europea (1).

El flechero puede ir sacando las demás flechas; para mí que ellas van a herir menos que la primera, aun cuando señalen defectos más feos. Resulta que, al revés del buen teólogo, a nosotros nos avergüenza mucho más el defecto que el vicio, y nos duele el doble, por ejemplo, el que nos llamen vanidosos que el que nos llamen crueles, el que nos apunten el pavo real armado que el que nos descubran el jaguarcito también evidente y listo para el salto.

Gabriela Mistral

Santa Margherita Ligurí, julio, 1930.

España docente

= De *Atenea*. Concepción, Chile =

Se multiplican las visitas de escritores franceses a España. Conferencias y conversaciones, fecundo intercambio espiritual. A París vienen con frecuencia escritores y artistas de más allá de los Pirineos. Gómez de la Serna que quisiera establecerse en París. Enrique Díez Canedo, el notable crítico, que estudia el movimiento teatral. Ors, que asiste como delegado de la península a las sesiones del Instituto de Cooperación intelectual. Ortega, saludado como joven maestro. Don Rafael Altamira, que en plena Sorbona estudia la evolución del pensamiento español. Se avecinan los dos pueblos en el orden espiritual. Francia se interesa por lo ibérico, editores y revistas le consagran vigilante atención.

España enseña. Ningún Marinetti reniega de museos y sagradas vejeces e impone la consideración de lo actual con frenesí, en la nación tramontana remozada; y así puede el extranjero asociar el amor a lo pretérito y la simpatía por el trabajo actual. Tantos amables peregrinos nos enseñan cómo trabaja la España moza, no contra el regimen, decía recientemente uno de ellos, sino fuera de la acción política del Directorio, en libre y saludable empeño. Se prepara así un firme renacimiento espiritual o, mejor dicho, asistimos ya a un extraordinario florecimiento de ideas y de formas donde lo castizo prepondera.

¿Avanza hacia un siglo de oro la nuevo generación resuelta y lúcida? No lo sabemos. Se ha desnudado de su pesimismo, cree en la nobleza y en la eficacia de su esfuerzo. Sin renunciar a la crítica, afirma y construye. El afán demoledor parece vencido por un impetu vernal. Se anuncia la publicación de dos diarios nuevos que defenderán doctrinas de la derecha, de reacción, frente a la abundancia de órganos del pensamiento liberal. Los jóvens van a fundar una revista, *Nueva España*, heredera de esa otra *España* tan brillante de Ortega, de Araquistain, de tantos otros. Poderosas y flamantes casas de edición, como la Compañía Ibero-americana de Madrid, puede decirse que crean un mercado para sus libros, se dirigen a más vastas áreas del público, dilatan la curiosidad de abundantes lectores. Cien mil ejemplares ha alcanzado la edición española del libro de Remarque *Sin novedad en el frente*. La literatura alemana sobre la guerra, en traducciones españolas, está destinada a apasionar al público peninsular.

Por otra parte, es más brillante y más segura la carrera del hombre de letras. El público lo sigue, se extiende su influencia, va constituyéndose esa clase de lectores que no vaca a la función de escribir o de enseñar y que se interesa, sin embargo, por el libro, la conferencia o el folleto.

La generación del 98 no abandona la estacada. Continúa escribiendo, dirigiendo la opinión, europeizando al país sin renegar de lo tradicional. *Azorín* se renueva, como en otro orden Marcel Prévost en Francia; y al otoñar escribe novelas donde aparece una nueva inquietud. Valle Inclán engarza una serie de libros semejantes a los *Episodios* galdosianos de los cuales surge la España de ayer suntuosa y traviesa, dividida en bandos, incierta entre el orden antiguo y el nuevo. Menéndez Pidal, que acaba de publicar el primer tomo de una admirable reconstrucción de la época del Cid, no abandona su obra de alta y sabia erudición, renovando la historia de la lengua y de la literatura vernáculas, rodeado de discípulos que pueden llamarse sus émulos, como Américo Castro, autor de un libro profundo de elegante construcción sobre *El pensamiento de Cervantes*. A Ortega y Gasset se dirige la gente de hoy para pedirle admoniciones y consejos, lo rodea, lo exalta y lo cita; pero él se mantiene distante, entregado a sus meditaciones, sin buscar seguidores. Es dictador, me decía en una ocasión un joven profesor de filosofía; dictador *malgré lui*. Ors anuncia la publicación de sus obras completas con el título de *Orbis pictus*, total descripción del mundo, amplia visión del continente europeo; y explica desde *La Gaceta Literaria* que en esa colección de sus libros distingue tres partes: una en que mostrará su pensamiento reducido a severa unidad.

---

(1) La Europa sin España y sin Rusia.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

su filosofía; otra, el *Glosario,* libre y diversa como el mundo y la vida, y una tercera que relatará su lucha por la cultura en Cataluña y en otras tierras.

Cuando fervientes escritores jóvenes de la península declaran que el meridiano espiritual de América pasa por Madrid, se sienten heridos en su patriotismo vehemente las generaciones prestas para dominar la vida que habitan «la gran capital del sur» como decía la canción. Empero, en diversos órdenes, la información cuidadosa, acendrada, la tradición cultural, el amor a los clásicos de la lengua, España nos hace ventaja.

En una ocasión oí decir al filósofo Bergson de regreso de Madrid que el gran pueblo convecino cela virtudes necesarias a una Europa extraviada en querellas menores y en la frenética persecución de lo útil. Sobre un sólido basamento moral—ascetismo, hidaguía natural, hospitalidad, desdén a lo estrechamente práctico—se levanta ahora la elegante fábrica intelectual. Un espíritu fielmente vigilante de información y respeto de las letras del mundo moderno domina en ella, como escribe *La Gaceta Literaria.*

El *scholar,* el ordenador, no está todavía en el nuevo mundo ibérico sino en España. El gaucho de la República de las letras, escribió Menéndez y Pelayo de Sarmiento, extraño a normas, abundante, irreverente. El que había traducido con amor a Horacio y leía a Platón en griego, desconfiaba de la facilidad genial y tumultuosa. Mientras no renovemos nuestras escuelas, mientras desdeñemos las lenguas clásicas y nos extraviemos en la improvisación, hemos de acercarnos a España docente en actitud discipular.

Francisco García Calderón

Alianza Unionista de la Gran Colombia

Bases que acaban de ser aprobadas por el Comité fundador, de Barranquilla, y que se difundirán en todas las poblaciones de Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela.

=*Envío del Comité fundador.* Barranquilla.=

Objeto

Esta organización tiene por objeto honrar el centenario de la muerte del Libertador Simón Bolívar, provocando un movimiento en favor de los ideales democráticos del gran prócer americano y trabajando por el acercamiento espiritual y político de los pueblos que formaron la gran Colombia, con tendencia a favorecer las aspiraciones bolivarianas de federación indohispánica.

Bases de doctrina

Ventajas.—La Alianza reconoce que los pueblos que formaron la Gran Colombia están ligados íntimamente no sólo por las tradiciones españolas y las características raciales, sino también por una forzosa unidad histórica y geográfica.

Las diferencias de nuestros pueblos, consideradas como obstáculos para alcanzar la reintegración, constituyen precisamente el mejor argumento en favor de ella, puesto que nuestras buenas cualidades seccionales son complementarias unas de otras, y tenderían a elevar nuestro nivel espiritual en cuanto formemos un solo conglomerado político.

Lo qne ha distanciado a nuestras repúblicas no son incompatibilidades substanciales, sino accidentales, creadas todas ellas por los intereses mezquinos que prosperan aprovechando la ignorancia de las masas y fomentando el regionalismo, el fanatismo, el pesimismo, la estrechez de miras y los gobiernos tiránicos.

La actual división va por lo tanto contra la consigna del Libertador y nuestras oportunidades de engrandecimiento y autonomía.

Los venezolanos, panameños, ecuatorianos y colombianos que deseen rendir a Bolívar un homenaje sincero y valioso, deben aspirar por lo tanto a la reintegración de la Gran Colombia como a las más cuerda de las finalidades patrióticas y a una necesidad orgánica de nuestras actuales repúblicas.

Erigir estatuas a los grandes hombres sin haber hecho antes esfuerzos para realizar las aspiraciones que ellos preconizaron y aun alcanzaron a llevar a la práctica, es falsearles por completo la personalidad y aparecer a los ojos del mundo civilizado como indignos de nuestra herencia procera.

Conflictos.—Lo que se opone por el momento a la reintegración de la Gran Colombia son apenas intereses creados de orden pecuniario, dentro y fuera de nuestros territorios, en oposición a toda clase de vínculos raciales, intelectuales, sentimentales y geográficos, y a los deseos y conveniencias de la comunidad.

Dentro de nuestros territorios, opónense por un lado los caudillos que se apoyan en la ignorancia de las masas y fomentan en defensa propia la desorganización, disfrazándose con teorías de federalismo y separatismo; por otro lado, los grupos antagónicos que se defienden cada uno de ellos con la legislación de su país, creando mutuas prevenciones.

En el viejo mundo, el ambiente de Ginebra, la corriente contemporánea de uniones raciales y el ideal de federacion europea proclamada por Briand nos serán favorables y anularán las intrigas provocadas por cualquier vínculo que exista entre las naciones o los capitalistas europeos y la situación anormal de cualquiera de nuestras repúblicas.

Las naciones vecinas y hermanas sólo pueden ver en nuestro movimiento un paso hacia la futura y obligada confederación indoibérica o indohispánica, contra la cual no existen sino las conveniencias de grupos autocráticos, moralmente desautorizados. Los pocos problemas de límites que no se hallen resueltos no tienen por qué despertar alarma entre países afiliados a la Sociedad de Naciones y respecto a territorios deshabitados.

Además, los avances cada día más visibles de las modernas doctrinas de derecho social, aproximan a los pueblos en un ideal que tiende a eliminar, entre las colectividades nacionales, toda rigidez y desacuerdo por exageración de los nacionalismos. Para el obrero y el intelectual no puede haber fronteras. El mismo capital no las reconoce. De ahí se deduce que el género humano busca la solidaridad lo mismo en el campo social que en el industrial y en el científico. Por lo tanto este movimiento no va contra ningún país, ni contra ninguna tendencia u orientación moderna.

Sólo los Estados Unidos de América, que ejercen actualmente en nuestras repúblicas una labor de penetración económica respaldada por el intervencionismo, podrían desarrollar alguna política en contra de nuestra unión, para defender las ventajas de los capitales que aprovechan la desorganización de nuestros núcleos afines y para mantener posiciones estratégicas.

Nuestra discrepancia filosófica con Estados Unidos en lo que se refiere al problema racial, hace que nuestras relaciones con la gran república del norte no puedan tener hondos vínculos sentimentales. Ellos evitaron la mezcla con el indígena y el negro por considerarla degenerativa. Nosotros optamos por esa mezcla, a la que debemos la fortaleza suficiente para luchar contra el medio tropical.

Al evitar la mezcla con los nativos de Norteamérica, los colonos ingleses conservaron sus características europeas, adaptadas ya a los sistemas de gobierno que trajeron del viejo mundo. Esta ventaja orgánica, auxiliada por las geográficas y climatéricas, permitió el desarrollo rápido de la riqueza. Luego los capitales, internacionalizándose cada día más, buscaron un centro de acción universal, y fijaron su eje en Estados Unidos como en el ambiente más propicio por el momento al desarrollo que persiguen.

Los conquistadores españoles, por el contrario, al mezclarse con el indio y el negro para defenderse del trópico, complicaron la índole racial, que ya traía contingente árabe, produciendo el desequilibrio entre los sistemas tradicionales de gobierno y un nuevo tipo humano cuya robusta y caótica superabundancia de valores morales e intelectuales le incapacitaba para organizarse rápidamente de acuerdo con la intensa asimilación de doctrinas modernas. El clima y la topografía, en vez de ser favorables, fueron desde un principio hostiles a todo progreso, no obstante las enormes fuentes de riqueza de nuestros territorios.

Nuestro atraso no se debe, pues, a inferioridad de raza, sino a circunstancias adversas que nos inclinan a una prosperidad de difícil adquisición, y por consiguiente de orden más elevado que la de los Estados Unidos.

Debemos por lo tanto desarrollar una intensa labor cultural y unionista apoyada en nuestra índole, nuestras tradiciones latinas y nuestras perspectivas de engrandecimiento, con el objeto de definir fronteras espirituales; pues en caso contrario el imperialismo se afianzará en la tesis filosófica de nuestra degeneración étnica, y no pudiendo explotar nuestras riquezas en un medio inculto nos impondrá el vasallaje material, intelectual y moral en defensa de sus propios intereses.

Bases de unión

En atención a las anteriores bases de doctrina, la Alianza Unionista declara:

1) No es su propósito trabajar inmediatamente por la reintegración política de la Gran Colombia en forma que implique federación de estados, sino por la identificación del progreso material y la solidaridad en toda clase de in-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

tereses culturales, raciales, económicos, sociales y jurídicos.

2) Con tal fin, los miembros de la Alianza Unionista se comprometen a trabajar ante los parlamentos de las naciones que formaron la Gran Colombia para que unifiquen las instituciones fundamentales y legales dentro de los siguientes puntos:

De orden moral e intelectual

a) *Educación pública como fundamento de todo progreso, al alcance de todos y con la tercera parte de las rentas nacionales.* Esto incluye la incorporación del indígena a la vida civilizada y la lucha por su mejoramiento.

b) Derechos individuales y garantías sociales.

c) Representación proporcional de todos los partidos en los cuerpos colegiados, a fin de establecer el gobierno auténtico de las mayorías, sin excluír ninguna aspiración de mejoramiento social.

d) Ciudadanía automática para todo hispanoamericano en los países que abarca la Alianza. Es decir, que por el solo hecho de pisar territorio nacional tengan todos los derechos de los nacionales de nacimiento y sean considerados como tales, sin perder por eso su ciudadanía de origen.

e) Uniformidad de pensums escolares y universitarios y reconocimiento de títulos y certificados sin necesidad de revalidaciones de un país a otro.

f) Apoyo a las entidades femeninas que pidan derechos civiles y garantías para la mujer.

De orden económico

a) Unificación del Código civil en lo que se refiere a la reglamentación de la propiedad territorial

b) Política agraria y distribución de la tierra de acuerdo con los principios establecidos en las legislaciones de los países más adelantados.

c) Unidad de acción en la construcción de vías de comunicación, fomento agrícola e inmigraciones, a fin de que aumenten proporcionalmente la capacidad transportadora, la capacidad productora y la oferta de brazos.

d) Eliminación de todo derecho aduanero en cada una de las naciones de la Gran Colombia, para los productos industriales que con materias primas nacionales se produzcan en dichas naciones, de modo que cada país tenga derecho a considerar como propio a este respecto el territorio de los demás.

3) La Alianza Unionista trabajará constantemente para lograr la solidaridad de las organizaciones obreras y las intelectuales, a fin de perseguir con todas ellas, de común acuerdo, la cultura de las masas y el consiguiente bienestar ciudadano.

4) La Alianza desconocerá todo régimen ilegal o dictatorial que se imponga en cualquiera de los países que ella comprende, y denunciará ante todos los gobiernos iberoamericanos organizados constitucionalmente los hechos delictuosos que se estén cometiendo con el respaldo del militarismo y con apariencia de legalidad.

5) Para que la Alianza declare ilegal o dictatorial en primera instancia un gobierno es necesario:

a) que lo acusen como tal ante el comité directivo uno o varios miembros de la corporación;

b) que el comité directivo acepte los motivos de la acusación;

c) que ratifiquen dicha aceptación todos los miembros de la dirección plural y de la secretaría, asumiendo la consiguiente responsabilidad ante los afiliados.

6) Cuando hubiere duda respecto a la veracidad de una acusación, pero esta fuere aceptada por mayoría de votos en el Comité Directivo, el gobierno acusado podrá considerarse como «sindicado de tiranía», mediante la ratificación de tres miembros de la dirección.

En tal caso se procederá a investigar la verdad de los hechos y se apelará a todos los medios amistosos posibles, con un término de seis meses, para que cesen los motivos del denuncio en el caso de que sean de carácter permanente, o para que no vuelvan a repetirse si hubieren sido transitorios.

Pasado ese término, se reconsiderará la acusación y se decidirá de manera definitiva por el procedimiento ordinario de acuerdos, la actitud que debe asumir la Alianza a tal respecto.

7) Se gestionará ante los gobiernos de la Alianza el establecimiento de conferencias interparlamentarias periódicas con delegaciones de congresistas de cada uno de los países de la Gran Colombia donde haya gobierno constitucional, con objeto de que dichas conferencias acuerden los prospectos que respondan a las ideas de esta corporación.

8) La Alianza prestará todo apoyo moral a los iberoamericanos que denuncien hechos ilegales o dictatoriales de cualquier país hermano.

9) De acuerdo con estas bases se consideran definidos los problemas de relaciones entre la Iglesia y el Estado, Federalismo y Centralismo; pues la instrucción generalizada y las libertades públicas se encargarán de defender, mejor que la ley escrita, las costumbres que más favorezcan el perfeccionamiento social.

Por consiguiente, las opiniones a este respecto se dejan al fuero interno y al criterio de cada afiliado, y podrán discutirse científicamente dentro de la Alianza sin constituir nunca para ella motivo de doctrina.

De los afiliados

Sólo podrán ser unionistas los venezolanos, panameños, ecuatorianos y colombianos de uno y otro sexo que acepten las bases de la institución.

Quien desee ingresar a la Alianza puede hacerlo:

1) Inscribiéndose en nn comité de la población donde resida.

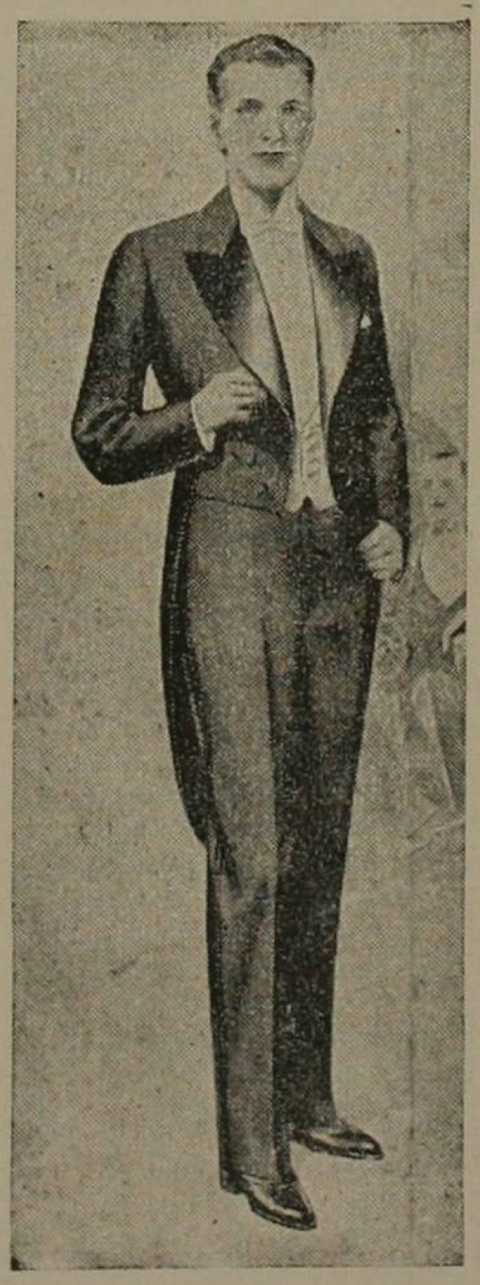
2) Formando un comité con otros coopartidarios y afiliándolo al Comité Directivo.

3) Inscribiéndose por correspondencia en el Comité Directivo.

Los comités afiliados deben iniciar labores leyendo los estatutos de la Alianza y abriendo un libro de adhesiones en que se escriba lo siguiente:

«Población. Fecha».

«Los suscritos nos declaramos ciudadanos de la Gran Colombia fundada por el Libertador Simón Bolívar y consideramos como compatriotas a todos los ciudadanos de las repúblicas hermanas que abarca la Alianza Unionista. Nos comprometemos a desconocer todo régimen ilegal o dictatorial que se imponga en cualquiera de estos países y a no prestarle servicio alguno; a apoyar moralmente a los ibero-americanos que denuncien hechos ilegales o dictatoriales de cualquier país hermano; a reconocer las libertades públicas y la educación popular como los mejores medios de fortalecer sanas tradiciones y desprestigiar tendencias desventajosas; a trabajar constantemente para lograr la solidaridad de las organizaciones obreras y las intelectuales a fin de perseguir con todas ellas, de común acuerdo, la cultura de las masas y el consiguiente bienestar ciudadano; a luchar, a la medida de nuestras posibilidades, por atraer el mayor número posible de afiliados a esta causa, y a perseguir la realización de los siguientes puntos en las legislaciones de cada república:



El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería
LA COLOMBIANA
de Francisco A. Gómez Z.
le hace el vestido
en abonos semanales, mensuales o al contado
Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses
Operarios competentes
para la confección de trajes
Haga una visita y se convencerá
Avenida Central, 25 varas al Este del Cometa
San José, C. R. Teléfono 3283

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

(Aquí los puntos alfabéticos del artículo segundo de las Bases de Unión).

Estos comités se darán la organización interna que mejor les parezca, atrayendo en cuanto sea posible elementos de distintas nacionalidades y ayudando a desarrollar los planes del Comité Directivo Provisional, cuyo estatuto puede servirles de modelo.

No deberán ser dignatarios ni votantes de ningún comité:

1) Quienes dejen duda respecto a su nacionalidad.

2) Quienes se hallen al servicio de entidades que perjudiquen, en concepto del comité respectivo, los planes de la Alianza.

Comité directivo provisional

La Alianza Unionista de la Gran Colombia será dirigida provisionalmente por el Comité que han organizado sus fundadores en la ciudad de Barranquilla.

Dicho Comité estará encabezado por una dirección plural, compuesta por sendos representantes de las cuatro repúblicas que formaron la Gran Colombia: un venezolano, un panameño, un ecuatoriano y un colombiano.

Estos cuatro directores tendrán cada uno un suplente de distinta nacionalidad; pero se procurará que en dichas suplencias esté representado el mayor número posible de nacionalidades.

Habrá un secretario general encargado de desarrollar los planes de la Alianza con las autorizaciones que le dé el Comité directivo y la ayuda de los siguientes dignatarios:

1) Un secretario de Universidades, nombrado por los centros estudiantiles de la ciudad.

2) Un secretario obrero, nombrado por los principales centros obreros de la ciudad.

3) Cuatro subsecretarios, uno de cada nacionalidad.

4) Un secretario de actas.

5) Un tesorero.

Los demás miembros fundadores de la Alianza formarán parte de la Junta Directiva y tendrán, lo mismo que los dignatarios, voz y voto en las deliberaciones.

Serán miembros fundadores de la Alianza Unionista todos los afiliados que se hallan inscrito a ella antes de la aprobación definitiva de los estatutos, y los ratifiquen con su firma.

El Comité Directivo se reunirá una vez por semana, mientras no necesite hacerlo con más frecuencia, y será presidido por uno de los miembros de la dirección plural. Estos se irán turnando en la presidencia de cada sesión por orden alfabético de apellidos.

Cuando correspondiere presidir a un director que no asista a la sesión, lo reemplazará su suplente, y a falta de éste, el principal a quien corresponda el turno por orden alfabético.

Harán quorum dos representantes y tres miembros más.

Los acuerdos del Comité Directivo serán aprobados por mayoría de votos en un solo debate y ratificados por tres miembros de la dirección.

A fin de establecer intercambio de ideas y unidad de acción con intelectuales y obreros y acercar los unos a los otros en el desarrollo de las labores educativas que estas bases declaran como fundamento de todo progreso, el Comité Directivo solicitará y acogerá delegados de los centros sindicales y culturales que deseen colaborar con la Alianza. Estos delegados tendrán voz cuando no pertenezcan a la institución, y voz y voto cuando pertenezcan a ella,

Lo que quedare por establecer lo irá decidiendo el comité de acuerdo con las circunstancias y experiencias de su labor.

Los dignatarios del Comité Directivo Provisional serán elegidos cada tres meses, contados desde la sesión inaugural de esta Alianza.

Transitorio

Las labores de 1930 se concretarán de preferencia a los siguientes puntos:

1) Difusión de los propósitos de la Alianza en las cuatro repúblicas y entre las colonias de compatriotas que haya en los países extranjeros.

2) Organización de los comités afiliados que se vayan estableciendo en las cuatro repúblicas y en el exterior.

3) Convocación de una Asamblea Unionista. en la ciudad de Barranquilla, para la fecha del centenario de la muerte del Libertador, con objeto de acordar la dirección definitiva de la Alianza y ratificar sus bases.

4) Gestión con los gobiernos y cuerpos legislativos para que acojan y apoyen en cuanto sea posible, en homenaje al Libertador, las aspiraciones de la Alianza.

La Alianza Unionista de la Gran Colombia, al iniciar sus labores, desconoce el actual gobierno de Venezuela, por considerarlo tiránico, criminal, usurpador de la riqueza pública y enemigo del obrerismo y la intelectualidad.

Lo declara en consecuencia el mayor obstáculo para el acercamiento de las repúblicas que abarca la Alianza, y se solidariza con todos los venezolanos exilados, encarcelados y oprimidos que aspiran a establecer en Venezuela un gobierno digno de las aspiraciones democráticas del Libertador Simón Bolívar.

Aprobado en la ciudad de Barranquilla, a los veinticinco días del mes de mayo de mil novecientos treinta.

Por la Dirección Plural:

Luciano Mendible, Luis Alfredo Bernal, Oscar Idrovo, Rafael Sánchez Santamaría, Raúl Leoni, J. A. Osorio Lizarazo, Carlos Brufmeyer, Rómulo Betancourt.

Por las Secretarías:

Luis Enrique Osorio, Ricardo Montilla, Ottón Idrovo, Alberto Charry Lara, Miguel A. Bayona, Lorenzo Ortega.

Tesorero,

José Joaquín Prieto.

Siguen las firmas de los demás fundadores.

Los dos ruiseñores

(Un cuento de *Andersen*)

En China vive la gente en millones, como si fuera una familia que no acabase de crecer, y no se gobiernan por sí, como hacen los pueblos de hombres, sino que tienen de gobernante a un emperador, y creen que es hijo del cielo, porque nunca lo ven sino como si fuera el sol, con mucha luz por junto a él, y de oro el palanquín en que lo llevan, y los vestidos de oro. Pero los chinos están contentos con su emperador, que es un chino como ellos. ¡Lo triste es que el emperador venga de afuera, dicen los chinos, y nos coma nuestra comida, y nos mande matar porque queremos pensar y comer, y nos trate como a sus perros y como a sus lacayos! Y muy galán que era aquel emperador del cuento, que se metía de noche la barba larga en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las casas de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y pescado seco, y hablando con los viejos y los niños, y leyendo, en aquellos libros que empiezan por la última página, lo que Confucio dijo de los perezos, que eran peor que el veneno de las culebras, y lo que dijo de los que aprenden de memoria sin preguntar por qué, que no son leones con alas de paloma, como debe el hombre ser, sino lechones flacos, con la cola de tirabuzón y las orejas caídas, que van donde el porquero les dice que vayan, comiendo y gruñendo. Y abrió escuelas de pintura, y de bordados, y de tallar la madera y mandó poner preso al que gastase mucho en sus vestidos, y daba fiestas donde se entraba sin pagar, a oír las historias de las batallas y los cuentos hermosos de los poetas; y a los viejecitos los saludaba siempre como si fuesen padres suyos; y cuando los tártaros bravos entraron en China y quisieron mandar en la tierra, salió montado a caballo de su palacio de porcelana blanco y azul, y hasta que no echó al último tártaro de su tierra, no se bajó de la silla. Comía a caballo: bebía a caballo su vino de arroz: a caballo dormía. Y mandó por los pueblos unos pregoneros con trompetas muy largas, y detrás unos clérigos vestidos de blanco que iban diciendo así: "¡Cuando no hay libertad en la tierra todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!" Y por todo eso querían mucho los chinos a aquel emperador galán, aunque cuentan que eran muchas las golondrinas que dejaba sin nido, porque le gustaba mucho la sopa de nidos; y que una vez que otra se ponía a conversar con un frasco de vino de arroz: y lo encontraban tendido en la estera, con la barba revuelta en el suelo, y el vestido lleno de manchas. Esos días no salían las mujeres a la calle, y los hombres iban a su quehacer con la cabeza baja, como si les diera vergüenza ver el sol. Pero eso no sucedía muchas veces, sino cuando se ponía triste porque los hombres no se querían bien ni hablaban la verdad: lo de siempre era la alegría, y la música, y el baile, y los versos, y el hablar de valor y de las estrellas: y así pasaba la vida del emperador, en su palacio de porcelana blanco y azul.

Hermosísimo era el palacio, y la porcelana hecha de la pasta molida del mejor polvo kaolín, que da una porcelana que parece luz, y suena como la música, y hace pensar en la aurora, y en cuando empieza a caer la tarde. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas; y peceras con peces de amarillo y carmín, con cinto de oro; y unos rosales con rosas rojas y negras, que tenían cada una su campanilla de plata, y daban a la vez música y olor. Y allá al fondo había un bosque muy grande y hermoso, que daba al mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor, que les cantaba a los pobres pescadores canciones tan lindas, que se olvidaban de ir a pescar; y se les veía sonreír del gusto, o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar besos al aire, como si estuviesen locos. "¡Es mejor el vino de la canción que el vino de arroz!" decían los pescadores. Y las mujeres estaban contentas, porque cuando el ruiseñor cantaba, sus maridos y sus hijos no bebían tanto vino de arroz. Y se olvidaban del canto los pescadores cuando no lo oían; pero en

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

cuanto lo volvían a oír, decían, abrazándose como hermanos: "¡Qué hermoso es el canto del ruiseñor!"

Venían de afuera muchos viajeros a ver el país: y luego escribían libros de muchas hojas, en que contaban la hermosura del palacio y el jardín, y lo de los naranjos, y lo de los peces, y lo de las rosas roji-negras; pero todos los libros decían que el ruiseñor era lo más maravilloso: y los poetas escribían versos al ruiseñor que vivía en un árbol del bosque, y cantaba a los pobres pescadores los cantos que les alegraban el corazón: hasta que el emperador vió los libros, y del contento que tenía le dió con el dedo tres vueltas a la punta de la barba, porque era mucho lo que celebraban su palacio y su jardín; pero cuando llegó a donde hablaban del ruiseñor: "¿Qué ruiseñor es este, dijo, que yo nunca he oído hablar de él? ¡Parece que en los libros se aprende algo! ¡Y esta gente de mi palacio de porcelana, que me dice todos los días que yo no tengo nada que aprender! ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!" Y vino, saludando hasta el suelo, el mandarín mayor, con su túnica de seda azul celeste, de florones de oro. "¡Puh! ¡puh!" contestaba el mandarín, hinchando la cabeza, a todos los que le hablaban. Pero al emperador no le decía ni "¡puh!" ni "¡pĭh!" sino que se echaba a sus pies, con la frente en la estera, esperando, temblando hasta que le decía "¡levántate!" el emperador.

—¡Levántate! ¿Qué pájaro éste de que habla este libro, que dicen que es lo más hermoso de todo mi país?

—Nunca he oído hablar de él, nunca,—dijo el mandarín, arrodillándose en el aire, y con los brazos cruzados:—no ha sido presentado en palacio.

—¡Pues en palacio ha de estar esta noche! ¿Que el mundo entero sabe mejor que yo lo que tengo en mi casa?

—Nunca he oído hablar de él, nunca—dijo el mandarín: dió tres vueltas redondas, con los brazos abiertos, se echó a los pies del emperador, con la frente en la estera, y salió de espaldas, con los brazos cruzados, y arrodillándose en el aire.

Y el mandarín empezó a preguntar a todo el palacio por el pájaro. Y el emperador mandaba a cada media hora a buscar al mandarín.

—Si esta noche no está aquí el pájaro, mandarín sobre las cabezas de los mandarines he de pasear esta noche.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!—salió diciendo el mandarín mayor, que iba dando vueltas, con los brazos abiertos, escaleras abajo. Y los mandarines todos se echaron a buscar al pájaro, para que no pasease a la noche sobre sus cabezas el emperador. Hasta que fueron a la cocina del palacio, donde estaban guisando pescado en salsa dulce, e inflando bollos de maíz, y pintando letras coloradas en los pasteles de carne; y allí les dijo una cocinerita, de color de aceituna y de ojos de almendra, que ella conocía el pájaro muy bien, porque de noche iba por el camino del bosque a llevar las sobras de la mesa a su madre que vivía junto al mar, y cuando se cansaba al volver, debajo del árbol del ruiseñor descansaba, y era como si le conversasen las estrellas cuando cantaba el ruiseñor, y como si su madre le estuviera dando un beso.

—¡Oh, virgen china!—le dijo el mandarín:—¡digna y piadosa virgen!: en la cocina tendrás siempre empleo, y te concederé el privilegio de ver comer al emperador, si me llevas adonde el ruiseñor canta en el árbol, porque lo tengo que traer a palacio esta noche.

Y detrás de la cocinerita se pusieron a correr los mandarines, con las túnicas de seda cogidas por delante, y la cola del pelo bailándoles por la espalda: y se les iban cayendo los sombreros picudos. Bramó una vaca, y dijo un mandarincito joven:—"¡Oh, qué robusta voz! ¡qué pájaro magnífico!"—"Es una vaca que brama", dijo la cocinerita. Graznó una rana, y dijo el mandarincito:—"¡Oh, qué hermosa canción, que suena como las campanillas!"— "Es una rana que grazna", dijo la cocinerita. Y entonces rompió a cantar de veras el ruiseñor.

—¡Ese, ese es!—dijo la cocinerita, y les enseñó un pajarito, que cantaba en una rama

—¡Ese! dijo el mandarín mayor: nunca creí que fuera una persona tan diminuta y sencilla. ¡nunca lo creí! O será, mandarines amigos ¡sí, debe ser! que al verse por primera ver frente a nosotros los mandarines, ha cambiado de color.

—¡Lindo ruiseñor!— decía la cocinerita: el emperador desea oírte cantar esta noche.

—Y yo quiero cantar,—le contestó el ruiseñor, soltando al aire un ramillete de arpegios.

—¡Suena como las campanillas, como las campanillas de plata!—dijo el mandarincito.

—¡Lindo ruiseñor! a palacio tienes que venir, porque en palacio es donde está el emperador.

—A palacio iré, iré,—cantó el ruiseñor, con un canto como un suspiro: ¡pero mi canto suena mejor en los árboles del bosque!

El emperador mandó poner el palacio de lujo: y resplandecían con la luz de los faroles de seda y de papel los suelos y las paredes; las rosas roji-negras estaban en los corredores y los atrios, y resonaban sin cesar, entre el bullicio del gentío, las campanillas: en el centro mismo de la sala, donde se le veía más, estaba un paral de oro, para que el ruiseñor cantase en él: y a la cocinerita le dieron permiso para que se quedase en la puerta. La corte estaba de etiqueta mayor, con siete túnicas y la cabeza acabada de rapar. Y el ruiseñor cantó tan dulcemente que le corrían en hilo las lágrimas al emperador: y los mandarines, de veras, lloraban: y el emperador quiso que le pusieran al ruiseñor al cuello su chinela de oro: pero el ruiseñor metió el pico en la pluma del pecho, y dijo "gracias" en un trino tan rico y vigoroso, que el emperador no lo mandó matar porque no había querido colgarse la chinela. Y en su canto decía el ruiseñor: "No necesito la chinela de oro, ni el botón colorado, ni el birrete negro, porque ya tengo el premio más grande, que es hacer llorar a un emperador".

Aquella noche, en cuanto llegaron a sus casas, todas las damas tomaron sorbos de agua, y se pusieron a hacer gárgaras y gorgoritos, y ya se creían muy finos ruiseñores. Y la gente de establo y cocina decía que estaba bien, lo que es mucho decir, porque ésa es gente que lo halla mal todo. Y el ruiseñor tenía su caja real, con permiso para volar dos veces al día, y una en la noche. Doce criados de túnica amarilla lo sujetaban cuando salía a volar, por doce hilos de seda. En la ciudad no se hablaba más que del canto, y en cuanto uno decía "rui..." el otro decía "...señor". Y llamaban "ruiseñor" a los niños que nacían, pero ninguno cantó nunca una nota.

Un día recibió el emperador un paquete, que decía "El Ruiseñor" en la tapa, y creyó que era otro libro sobre el pájaro famoso; pero no era libro, sino un pájaro de metal que parecía vivo en su caja de oro, y por plumas tenía zafiros, diamantes y rubíes, y cantaba como el ruiseñor de verdad en cuanto le daban cuerda, moviendo la cola de oro y plata: llevaba al cuello una cinta con este letrero: "¡El ruiseñor del emperador de China es un aprendiz, junto al del emperador del Japón!"

"¡Hermoso pájaro es!", dijo toda la corte, y le pusieron el nombre de "gran pájaro internacional"; porque se usan estos nombres en China, pomposos y largos: pero cuando puso el emperador a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no anduvo el canto bueno, porque el vivo cantaba como le nacía del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás, y no salía del valse.

—"¡A mi gusto! ¡esto es a mi gusto!"—decía el maestro de música; y cantó solo el pájaro de las piedras, tan bien como el vivo. ¡Y luego, tan lleno de joyas que relumbraban, lo mismo que los brazaletes, y los joyeles y los broches! Treinta y tres veces seguidas cantó la misma tonada sin cansarse, y el maestro de música y la corte entera lo hubieran oído con gusto una vez más, si no hubiese dicho el emperador que el vivo debía cantar algo. ¿El vivo? Lejos estaba, lejos de la corte y del maestro de música. Los vió entretenidos, y se les escapó por la ventana.

—¡Oh, pájaro desagradecido!—dijo el mandarín mayor, y dió tres vueltas redondas y se cruzó de brazos.

—Pero mejor mil veces es este pájaro artificial,—decía el maestro de música:—porque con el pájaro vivo nunca se sabe cómo va a ser el canto, y con éste, se está seguro de lo que va a ser: con éste todo está en orden y se le puede explicar al pueblo las reglas de la música.

Y el emperador dió permiso para que el domingo sacase el maestro al pájaro a cantar delante del pueblo, que parecía muy contento, y alzaba el dedo y decía que sí con la cabeza; pero un pobre pescador dijo "que él había oído al ruiseñor del bosque y que éste no era como aquel, porque le faltaba algo de adentro, que él no sabía lo que era". El emperador mandó desterrar al ruiseñor vivo y al otro de la caja se lo pusieron en la cabecera, en un cojín de seda, con muchos presentes de joyas y de argentería y lo llamaban por título de corte "cantor de alcoba y pájaro continental, que mueve la cola como el emperador se la manda mover". Y el maestro de música se sintió tan feliz que escribió un libro de veinticinco tomos sobre el ruiseñor artificial, con muchos esdrújulos y palabras de extraña sabiduría; y la corte entera dijo que lo había leído y entendido de miedo de que los tuviesen por gente fofa y de poca educación, y de que el emperador se pasease sobre sus cabezas.

Pasó un año, y emperador, corte y país conocían como cosa de sí mismos cada gorgeo y vuelta del "pájaro continental"; y como que lo podían entender, lo declaraban magnífico ruiseñor. Cantaban su valse los cortesanos todos. Y los chicuelos de la calle. Y el emperador lo cantaba también, y lo bailaba cuando estaba solo con su vino de arroz. Era un valse el imperio, que andaba a compás, con mucho orden, al gusto del maestro de música. Hasta que una noche, cuando estaba el pájaro en lo mejor del canto, y el emperador lo oía, tendido en su cama de randas y colgaduras, saltó un resorte de la máquina del ruiseñor, como huesos que se caen sonaron las ruedas, y paró la música. Se echó de la cama el emperador, y mandó llamar a un médico. El médico no supo qué hacer: y vino el relojero. El relojero, mal que bien, puso las ruedas locas en su lugar, pero encargó que usasen del pájaro muy poco, porque estaban gastados los cilindros y el ruiseñor aquel no podía en verdad cantar más de una vez al año. El maestro de música le echó encima un discurso al relojero, y le dijo traidor, y venal, y chino espúreo, y espía de los tártaros, porque decía que el pájaro continental no podía cantar más que una vez. En la puerta iba ya el relojero, y todavía le estaba diciendo el maestro de música malas palabras: "¡traidor! ¡venal! ¡chino espúreo! ¡espía de los tártaros!"—Porque estos maestros de música de las cortes no quieren que la gente honrada diga la verdad desagradable a sus amos.

Cinco años después había mucha tristeza en la China, porque estaba al morir el pobre emperador, tanto que tenían nombrado ya al nuevo, aunque el pueblo agradecido no quería oir ha-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

blar de él y se apretaba a preguntar por el enfermo a las puertas del mandarín, que los miraba de arriba abajo, y decía: "¡Puh!". "¡Puh!" repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

Pálido y frío estaba en su cama de randas y colgaduras el emperador, y los mandarines todos lo daban por muerto, y se pasaban el día dando las tres vueltas con los brazos abiertos, delante del que debía subir al trono. Comían muchas naranjas, y bebían té con limón. En los corredores habían puesto tapices, para que no sonara el paso. No se oía en el palacio sino un ruido de abejas.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pájaro roto. Por una ventana abierta entraba la luz de la luna sobre el pájaro roto, y el emperador mudo y lívido. Sintió el emperador un peso extraño sobre su pecho, y abrió los ojos para ver. Vió a la Muerte, sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial, y en una mano su espada de mando, y en la otra mano su hermosa bandera. Y por entre las colgaduras vió asomar muchas cabezas raras, bellas unas y como con luz, otras feas y de color de fuego. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. "¿Te acuerdas?" le decían las malas acciones. "¿Te acuerdas?" le decían las buenas acciones. "¡Yo no me acuerdo de nada, de nada!" decía el emperador: "¡música, música! ¡tráiganme la tambora mandarina, la que hace más ruido, para no oír lo que me dicen mis malas acciones!" Pero las acciones seguían diciendo: "¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?" "¡Música! música!" gritaba el emperador: "¡oh hermoso pájaro de oro, canta, te ruego que cantes! ¡yo te he dado regalos ricos de oro! ¡yo te he colgado al cuello mi chinela de oro! ¡te ruego que cantes!" Pero el pájaro no cantaba. No había uno que supiera darle cuerda. No daba una sola nota.

Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto entró por la ventana el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Le habían dicho que estaba muy enfermo el emperador, y venía a cantarle de fe y de esperanza. Y según iba cantando eran menos negras las sombras, y corría la sangre más caliente en las venas del emperador, y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba, y le dijo: "¡Sigue, ruiseñor, sigue!" Y por un canto le dió la Muerte la corona de oro: y por otro, la espada de mando: y por otro canto más, le dió la hermosa bandera. Y cuando ya la muerte no tenía ni la bandera, ni la espada, ni la corona del emperador, cantó el pájaro de la hermosura del camposanto, donde la rosa blanca crece, y da el laurel sus aromas a la brisa, y dan brillo y salud a la yerba las lágrimas de los dolientes. Y tan hermoso vió la Muerte en el canto a su jardín, que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste! decía el emperador. Yo te desterré de mi reino, y tú destierras a la muerte de mi corazón. ¿Cómo te yo puedo pagar?

—Tú me pagaste ya, emperador, cuando te hice llorar con mi canto: las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme: yo cantaré para ti.

Y con sus trinos y arpegios se fue durmiendo el enfermo en un sueño de salud. Cuando despertó, entraba el sol, como oro vivo, por la ventana. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto todos. El ruiseñor no más estaba junto a su cama: el ruiseñor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás y cantarás cuando quieras! ¡Yo romperé al pájaro artificial en mil pedazos!

—No lo rompas en mil pedazos, emperador: él te sirvió bien mientras pudo: yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar entre los cortesanos mi nido. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré en la noche, para que tengas sueños felices. Te cantaré de los malos y de los buenos y de los que gozan y de los que sufren. Los pescadores me esperan, emperador, en sus casa pobres de la orilla del mar. El ruiseñor no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar en la noche, si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo!—dijo el emperador, que se había levantado de su cama, y tenía puesta la túnica imperial, y en la mano su gran espada de oro.

—¡No digas que tienes un pájaro amigo que te lo cuenta todo porque le envenenarán el aire al pájaro!—Y salió volando el ruiseñor, y echando al aire un ramillete de arpegios.

Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver al emperador muerto. Y lo vieron de pie con su túnica imperial; con la mano de la espada puesta al corazón. Y se oía, como una risa, el canto del ruiseñor.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé!—dijo el gran mandarín, y dió diez y ocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la frente a los pies del emperador. Y a los mandarines arrodillados en el aire, les temblaba en la nuca la cola.

Versión libre de *José Martí.*

(*La Edad de Oro.* Nueva York, 1889.)

Dos glosas del Padre Pallais

=Colaboración directa=

La glosa de los calumniadores

(A mi amigo muy noble y muy ilustre don *Manuel Antonio Carazo).*

Hablando de una ciudad quemada, decía yo: "Las doce tribus de ruinas es". Podemos hacer sin embargo, queriendo, que se levanten aquellas no casas y con un nuevo vestido glorioso y moderno de cemento armado por ejemplo. Pero la casa de tu honor quemada (este verbo no sirve, hay otro más expresivo) por obra y gracia de la calumnia, quién podría levantarla y cuándo? Aquí sí que puede decirse las doce tribus de ruinas es.

En el bosque profundo, alta mar de los árboles, abrimos los ojos para ver y nada vemos! Una hoja y otra, y otra y quién sabe cuántas hojas más innumerables y las raicecillas y las ramas y ramúnculas, ¡contadlas si podéis!y tan sencilla la luz, y tan simples nuestros ojos y tan enmarañada, en un laberinto de caminos sin camino, la complicación botánica.

Pues así, en la calumnia. Un asesinato y otro y otro y quien sabe cuántos asesinatos más innumerables, y las cobardías y las emboscadas y las traiciones y las hipocresías, ¡contádlas si podéis! y tan sencilla la luz y tan simples nuestros ojos y tan enmarañada en un laberinto de caminos sin camino, la complicación de la mentira que se viste con el vestido de la verdad.

El nombre científico del armado es muy significativo, *dasypus novemcintius.* El adjetivo griego *dasus,* áspero, erizado y las dos palabras latinas novem y cintius, nueve veces ceñido, nueve cinturas o una sola cintura de nueve complicaciones. No sé porqué pensamos en la calumnia.

Era mi vida como un espejo y vino el calumniador y dijo una palabra complicada, áspera *dasus* y al punto comenzó la ese en mi camino y en cada una de las vueltas de la ese, innumerables espinas, (*dasus*) y mi pobre alma iba y volvía por las vueltas de la ese, espinándose, hasta que vino a quedar nueve veces ceñida por el cinturón rojo de las iniquidades del mundo.

Cuándo vendrá el día de Nuestro Señor Jesucristo? Entonces será la mañana de la verdad desnuda.

La glosa de los estudiantes universitarios

Fué, pues, una alegre realidad viva, la velada de los estudiantes universitarios.

Y tan real y tan viva y tan alegre, que vivimos durante cuatro horas en París, en la buena ciudad de París del siglo XV y Francisco Villón estaba con nosotros, pensando sin duda en dos nuevas baladas, la de la perfecta risa y la de los estudiantes del tiempo de hoy.

Y tan alegre y tan viva y tan real la noche de los estudiantes universitarios que veíamos con nuestros ojos de niños grandes, a nuestro pentagruélico Francisco Rabelais y oíamos de labios de un *drole* hermano legítimo de nuestros monimbenses, el famosísimo epitafio: "*Une vigne prendra naissance, de l'estomac et te la panse, tu bon Rabelais qui boivait toujours cependant qu'il vivait*". No es el vino vulgar de los serviles aduladores que van bailando en las pantominas del gobierno constituído; sino el vino inteligente de los niños terribles para cantar verdades como un evangelio a la universidad, al alto clero, a la magistratura, a la nobleza y al rey. "Es porque es costumbre de mancebos usada" hubiera dicho el regocijadísimo Arcipreste de Hita no "querer sempre tener alguna enamorada sino querer sempre decir todo aquello que los grandes señores no quieren oír" Y tan alegre y tan real y tan viva, que nunca como en esta noche, entendimos la verdad verdadera de aquellos versos de Horacio: "Tulit eloquim insolitum facundia preceps".

Y nunca me acordé tanto de los pájaros de Aristófanes. Sólo los estudiantes son pájaros; todos los demás, demagogos, sofistas, gramáticos, literatos, caballeros bayardos que de Bayardo no tienen más que el nombre, payasos, políticos y palabreros, todos ellos son las "nubes", "los caballeros", "las avispas"; sólo los estudiantes son "los pájaros".

"¡Tío, tío, tío, trío, trío, trío, tiotó, tiotó, tiotó, triotó, triotó, triotó, totobrix, totobrix, totobrix".

Algarabía de pájaros y nada más, así dicen los viejos; pero si sois todavía jóvenes, podéis oir, debajo de aquellos trinos, y a tres voces, la misa cantada del mundo.

A. H. Pallais

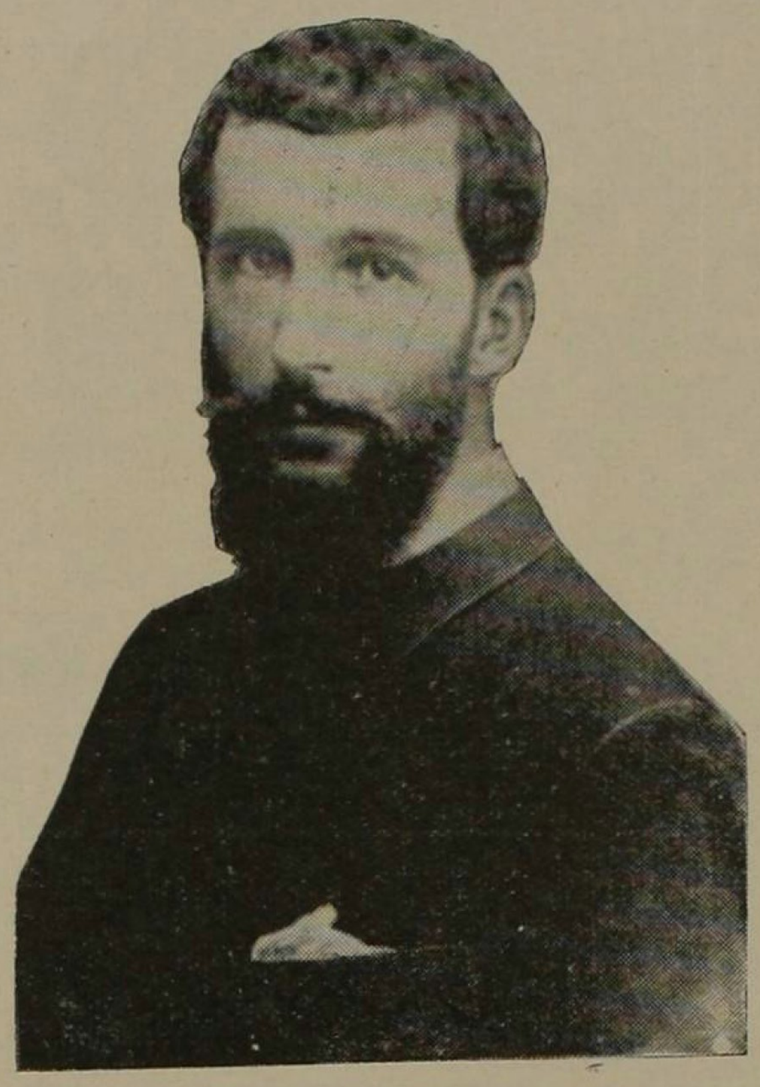
En Brujas de Flandes, a los trece días del mes de Agosto de mil novecientos treinta.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

Al inaugurarse en Bogotá, el busto de José Asunción Silva,

en la mañana del miércoles 6 de agosto de 1930

=Envío del autor=



José Asunción Silva

Reconozcamos, en abstracto, el triunfo de la voluntad, que todo lo realiza, y saludemos en el mármol ciego al espíritu sonoro y vigilante de Silva. Más de treinta años pasaron antes de la consagración a que ahora asistimos, pero el recuerdo de quien nació para la inmortalidad no podía ausentarse de nuestra memoria. Poeta de la aristocracia, hombre de exquisitos refinamientos, renovador que oyó la burla de los intonsos y el graznido de los gansos, condenado por su misma grandeza a ser incomprendido de las multitudes, llegó con el decurso de los años, merced a la persistencia de la evocación, a convertirse en símbolo de la ciudad, en el más dolorosamente amado de todos nuestros muertos.

Tienen algo de él, mucho de él, las campanas cuando plañen, las vírgenes cuando se sobresaltan, los niños cuando juegan. Tuvo su poesía, de infantil, lo necesario para asegurarse la perpetuidad, a través de las generaciones magnetizadas por el sentimiento; de sensual, el aire perfumado que se infiltra en las almas de las destinadas al amor y el hálito de dolor que es la protesta del deseo no satisfecho, cuando Cupido ha roto las flechas del carcaj; de triste, de enigmático, de inquietante, de absoluto, todo aquel proceso de psicoanálisis que lleva a la confirmación del «vanitas, vanitatum» del rey de los proverbios, la interrogación a las alturas acerca del destino incoherente, el descontento fatal ante la mudez de la tierra y la sordera de los dioses.

Tuvo de romántico lo que el romanticismo conserva de inmutable, y de clásico cuanto en el clasicismo se adapta a la definición de obra escrita por un artista en colaboración con el crítico que le habla por dentro. Verso santo fue su verso, en el que puso pensamientos puros. Pero también fue copa tallada con primor, en la que el filtro del corazón destiló embriagadores venenos. El ansia que allí se adquiere de lo desconocido empuja hacia el nepentes, exalta la noción del vuelo hacia el azul, hace soñar conturbadoramente con el plomo de la liberación. «Al dejar la prisión que las encierra, ¿qué encontrarán las almas?», se pregunta también el desvelado que escucha el latir de sus arterias y de pronto, con impulso de dominador, rompe las puertas para salir a averiguar el secreto que se oculta más allá del cielo y de sus meditaciones.

Todo en Silva tuvo cariz de embrujamiento. Las palabras para él fueron amantes, que se entregaron a su caricia de esteta y de don Juan, cuando quiso fecundarlas para que mostraran en la gravidez de sus formas y de su significado la pujanza de él. Y no veían los miopes que en el cuerpo armonioso del «dandy», ávido de sensaciones, de modales tan finos que simulaban el amaneramiento, de fantásticos planes mercantiles que lo llevaron, a través de una ideología renacentista, a la catástrofe definitiva y burguesa, aleteaba el espíritu poderoso de un sér capaz, como los genios de los cuentos, de llevar al país sobre sus hombros! No comprendieron los pobres transeúntes que la lámpara vieja que el poeta frotaba era la de Aladino. Ni se detuvieron un instante a pensar en que la sonrisa de afectación y de ironía era el aislador de un alma.

Y fue esa alma la que en una noche «llena de perfumes, de murmullos y de músicas de alas» se desprendió del cuerpo del evocador para ir a traer del éter impalpable los acentos divinos que se quiebran sollozando en la desolación del Nocturno. Música de las esferas, no escuchada música, que hirió los oídos de los bárbaros como un ruido estridente, acogida con impresión cercana al éxtasis por los capaces, hoy ha hecho la conquista de todas las comprensiones, al extremo de que una simple recitación, que es como un solo de violín que se lamenta, hace entornar los ojos y llegar la palidez en que se absorben las emociones profundas.

Nadie como él para inspirar aquella ternura de convaleciente del que se va asombrando ante nuevos aspectos de la vida, pero sin desasir el pensamiento de la visión que tuvo cuando la enfermedad lo puso muy cerca del misterio. Hay una vaguedad tan dulce en todo lo de Silva que sumirse en él es adquirir la expresión, de bondad y de tristeza que caracteriza a cuantos viajaron ilusoriamente por el país del ensueño. Sordina, matiz, seda, sus poemas llegan al alma tan delicadamente que después de iluminarla, la dejan como circundada de nubes.

Hay algunos tan vaporosos, tan musicales, tan penetrantes, que sin que pueda el lector calificar la emoción que le despiertan, se siente saturado de algo que a un mismo tiempo lo arrulla y lo tortura, lo desprende de la carne esclavizante sin anular el amor que ella le inspira, y lo lleva a los espacios que asustaban a Pascal con su silencio, en una como nave aérea que tuviera hechas las alas de gasa. Melancolía se trae de allá. Se diría que el viaje fue a la cueva de Trofonio, y que el espíritu, audaz en la ascensión, se fue debilitando en el descenso.

No sé si es decadencia, pero en Colombia los miembros de varias generaciones nos hemos sentido como enfermos de Silva. Hacia él dirigimos la mirada cual si fuera un creador de artificiales paraísos, especie de mago que prepara cordiales de aromáticas yerbas, y cuando da de beber da de soñar, para escapar a lo monótono y mezquino del cuotidiano espectáculo. Aquí lo tenemos ya con el aspecto de un dios indiferente ante el cual elevamos, temblorosos de unción, nuestras plegarias. El cincel inspirado de Ramón Barba lo talló en la carne dura y blanca que de derecho corresponde a los poetas y a los dioses. El manto de emperador atestigua la autoridad de su influencia, que se dilata por todos nuestros ámbitos, mientras sus ojos ciegos, que no habrán de ver el amor y el dolor de nuestra ofrenda, simbolizada por Pablo de la Cruz en la virgen que ha sentido en las sienes el suplicio de un pensamiento de adiós sin esperanza, se dirigen al azul, a las estrellas que no contestaron jamás a su pregunta de por qué callan si están vivas y por qué alumbran si están muertas.

Señor alcalde de la ciudad: en nombre de la ciudad os lo entrego. Levantado por suscripción popular, el monumento ha quedado en un sitio recogido, de paz, no obstante su proximidad a la mayor arteria de nuestras comunicaciones, muy cerca del lugar donde el poeta vió la luz de la vida. En nombre de los donantes os lo confío y lo confío a vuestros sucesores, para que celosamente custodiado por la veneración, a través de los tiempos, pueda ser mostrado con orgullo a cuantos interroguen a nuestra gratitud acerca de la manera como hayamos pagado lo que debemos a Silva. Idealmente han de montar la guardia los artistas y todos los que quieran elevar el corazón o destruir sus fantasmas.

Es necesario que se apague el día para que crezca la importancia del símbolo. Al través del follaje se filtrará la luna, y besada por ella la cabeza que se hundió en la sombra larga, responderá mejor a toda evocación de los que anhelen conversar con su espíritu. Hablemos, soñemos, con el espíritu de Silva, y dejemos que a lo lejos siga escuchándose el ladrido de los perros, como expresión de impotencia, y aquí cerca el chillido de las ranas como un canto litúrgico. Todo lo que fue mentira, incomprensión, baba inmunda, pasó para perderse en las emanaciones de las charcas que el sol absorbe y purifica con su fuego. La patria absolvió al hijo de su fin prematuro. Y ya nada podrán la torpeza y la envidia contra el mármol.

L. E. Nieto Caballero

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

"Viento grande en el alba de otra edad,"

así concreta don Arturo Capdevila su pensamiento sobre Lenin

—De *La Nación*, Buenos Aires—

Encontramos al autor de El Apocalipsis de San Lenin (1) *en animada plática con Rodolfo Franco, el notable pintor que ha concentrado sus actividades en el Teatro Colón, donde ha podido apreciarse la meritísima labor que viene desarrollando como escenógrafo y que tantos éxitos ha obtenido con sus últimas creaciones.*

El lugar del encuentro—la Plaza San Martín—nos pareció propicio para interrogar al señor Capdevila acerca de su última producción literaria.

—Esta plaza señorial—comenzó diciéndonos—me queda tan cerca que bien puedo considerarla mía. Leer aquí por las mañanas es delicioso. Pero mejor todavía es conversar con un amigo querido, al rumor de los árboles, tal como ahora lo hacía con Rodolfo Franco... Él hizo la portada de *El Apocalipsis de San Lenin*, una cabeza del Santo Rojo y ocho orlas de gran belleza. Creo que pocas veces se habrá publicado un libro en edición corriente tan bien presentado entre nosotros. Es. además, admirable el acierto interpretativo del pintor.

—Desearíamos informar a nuestros lectores sobre el contenido ideológico de su obra, cuyo título hace pensar en una apología de la revolución rusa...

—Una breve aclaración explica, en pocas líneas el carácter del libro. Allí se dice más o menos: "Este es un libro ingenuo, perfectamente ingenuo, en que el valor humano de la revolución de Lenin es argüido y redargüido, de las más diversas maneras, con una completa libertad de ensueño. Recogió solamente la visión de un instante del mundo: dicho de otro modo, la impresión profunda que un espectáculo enorme fué capaz de producir en un alma sincera". Yo confieso que la revolución rusa me ha conmovido como el mayor espectáculo histórico y moral de la tierra. Mucho más que la guerra. Con la revolución se vieron horizontes nuevos inolvidables. Lo imposible, ya sé. Pero el mundo se llenó de señales supremas.

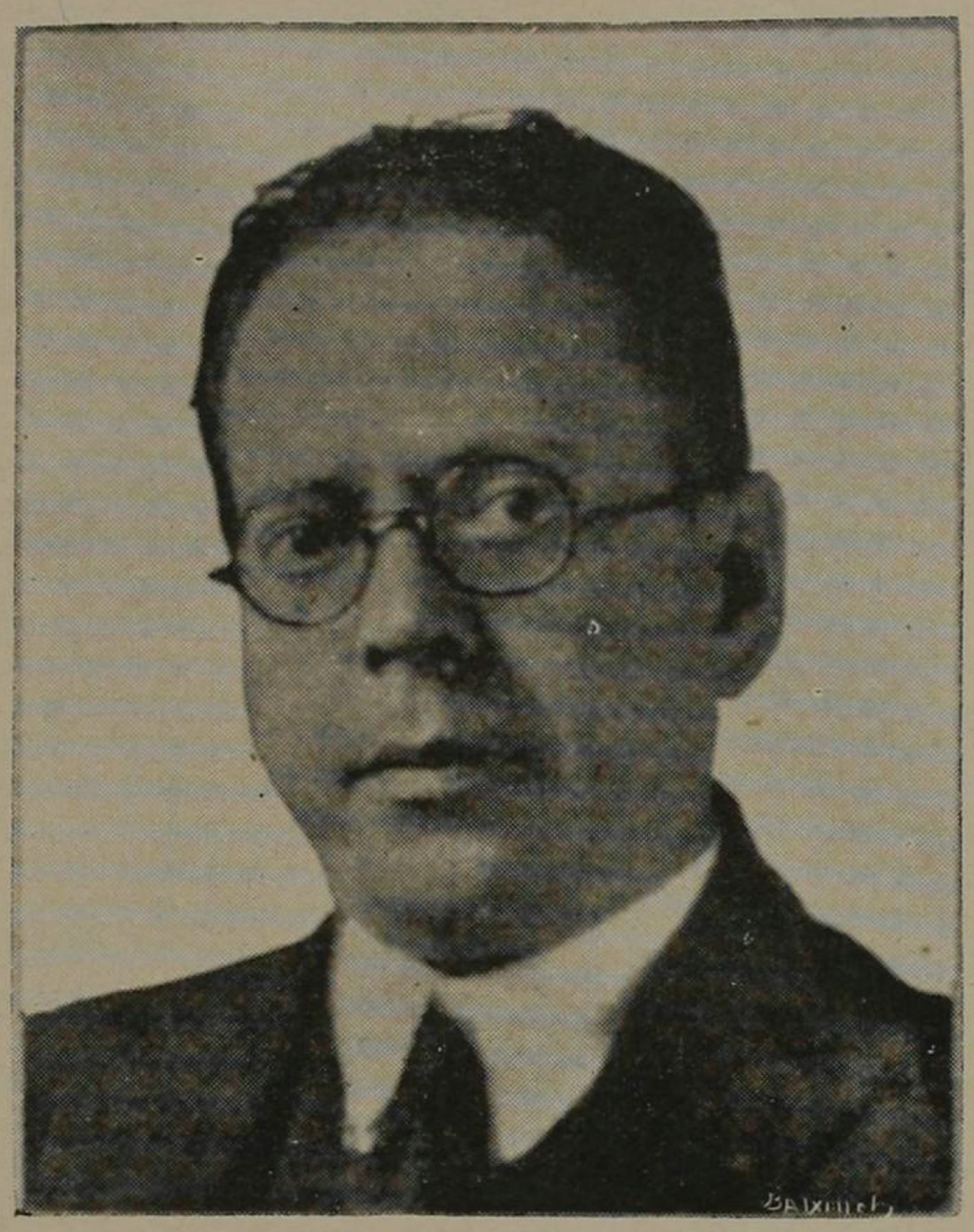
—Pero su libro ¿es un libro político?

—De ninguna manera. Ni soy ni he sido bolchevique. Mi libro es el de un artista y nada más. El libro de las cosas apocalípticas que presidió San Lenin. Déjeme llamarle así. Es el nombre que más conviene a este héroe y a mi manera de verlo. Héroe con todas las letras. Y de los grandes y los genuinos; un formidable aunque espantoso apóstol de cuya sinceridad perfecta es imposible dudar, Yo, como artista, he sentido toda la tremenda sugestión de esta figura inmensa. En cuanto a la tempestad que desencadenó sobre el mundo, se reflejó con todas sus señales divinas en el fondo religioso de mi conciencia. Lenin en cierto modo enjuició y procesó al mundo, convicto y confeso de iniquidad. Fué estupendo el instante aquel—todos sabemos que lo hubo—en que el mundo entero tembló ante ese hombre, ante «ese nunca imaginado Oso Calvo», para decirlo con un versículo de mi propio libro.

—¿Cuál es el plan de su obra?

—Verá usted, El primer capítulo es la presentación del Héroe. Allí es donde se da la temperatura de su alma: ¡cuarenta grados bajo cero! Después viene el cuadro del mundo devastado por la guerra. El capítulo de las batallas sonámbulas, el de los hijos del odio, el de la montaña de muertos y tantos más muestran el escenario en que se levantó Lenin.

Es como una alba alucinada que se levanta en la negrura de la noche. Negrura de guerra, de odio y de pecado. Reina una moral de locos; los hombres se han elegido para dios un dios idiota, el Azar; la vida es una sola ruleta universal. Pero en el cielo ennegrecido de tantos crímenes se anuncian cosas fatídicas. El capítulo de las señales de los tiempos, el de los Santos Rojos, el del pope que lo sabía todo, el del hombre que no sabía nada y muchos de los que siguen, son la pintura de ese amanecer indeciso. Hasta que estalla la revolución y empiezan a echar brotes las más viejas y nobles ideas entre los egoísmos más atroces. La humanidad es mostrada como en el ágora de la Ciudad del Mundo. Los pueblos son llamados a colosal asamblea. En esta asamblea soplan todos los vientos de la historia. Entretanto resuena la fusilería y no cesa un momento la gárgara trágica de la ametralladora. Hay un instante patético en que junto a las costas del Vellocino de Oro, no lejos del yermo de Prometeo encadenado, Lenin se enfrenta con Jasón. Pero Lenin no puede pasar. Le falta el don del canto, y las rocas Simplégades no se abrirán jamás si el nuevo héroe no canta. Pasada la ilusión, se levanta un día gris, árido, envuelto en tristes harapos de niebla. Hacia el final del libro reaparece Lenin,



Arturo Capdevila

Dos Capítulos de El Apocalipsis de San Lenin

Capítulo XIX
o sea el Capítulo de las Parábolas agrarias

1. ¿Se hundirán continentes en el mar, y del mar nacerán continentes nuevos, pero las sociedades injustas seguirán siendo injustas?

2. Bosques y montañas—bosques gigantescos y montañas altísimas; todo lo que aguanta un continente—¿se habrán de hundir en el mar, como se hundió la Atlántida, y empero flotará y boyará la injusticia sobre todas las aguas?

3. ¿Hará y deshará ciudades la Historia; pero ni una vez en diez mil años se podrá deshacer una sola de las iniquidades antiguas?

4 ¿Mil veces echará la Providencia la bien trenzada malla de los hechos al mar de los destinos del mundo, y nunca empero relucirá entre la malla el tesoro perdido, el talismán de la primera edad dichosa? ¡Soplad, soplad parábolas justicieras y encrespad las esperanzas con vuestro divino aliento!

5. Tiene un sitio en donde pacer el ganado, un lugar en donde levantarse la hierba, un espacio en donde volar el ave, un rincón donde yacer el mineral. ¿Y el hombre?

6. Solamente el hombre—y esto por causa de otro hombre—carece de sitio en el mundo, inferior a la alimaña que no carece de un sitio suyo en el monte.

7. ¿O es que no alcanza la tierra? Jehová la mide de nuevo, y sí alcanza.

8. ¡Qué! El aire alcanza para todas las aves y aun para las nubes errantes; el agua para todos los peces y sobra elemento; los campos para todos los ganados y sobra superficie. ¿Y para el hombre? ¡Soplad, soplad, parábolas, como un viento fuerte, y decid vuestra verdad!

9. Sí. Porque la propiedad privada de la tierra es como

(*Pasa a la Pag. 190.*)

(1) Arturo Capdevila: *El Apocalipsis de San Lenin*. Cabaut & Cía. Buenos Aires.

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

Pero a otra luz, a una luz trágica. Dora Kaplan, la nueva Carlota Corday, lo ha herido de dos balazos. Por las puertas de estas heridas entramos al alma de San Lenin. Como él ha caído, los viejos fantasmas vencidos creen que ha muerto y retornan a la tierra: la sombra del Zar, como un gigantón de feria, y la de Rasputin, como un espectro borracho. Pero San Lenin con una sola mirada los aterroriza para siempre.

—¿Ha seguido usted el desarrollo de los sucesos en torno a la figura central de su nueva obra?

—Enamorado de mi héroe, lo he seguido hasta la muerte y he querido formular su epitafio: «Viento grande en el alba de otra edad»... En suma, para decirlo con otro Versículo: El porvenir es una sombra todavía; pero la Tierra ha quedado fecundada después del desposorio con San Lenin. Los Santos Rojos están pálidos aun a su alrededor y lo estarán por lo menos trescientos años más con el asombro de lo que hicieron...

—¿Qué forma literaria ha adoptado?

—El libro está deliberadamente escrito en versículos. Mejor dicho, cuando me puse a organizar unos nerviosos apuntes que había ido anotando, según el ritmo de los sucesos, vi que el versículo venía solo. ¿No quería yo escribir el *Apocalipsis de San Lenin?* Era justo que remedase, en cierto modo, la palabra y el acento de la Revelación. Quizá ningún acento literario me quede más cerca que el de la Biblia.

—Ya se dice que en su nueva obra se advierte en usted una evolución hacia las nuevas maneras.

—En efecto, lo es así. Pero se trata solamente de una conformidad entre el asunto y la forma. La elección del versículo colocaba, sin duda, mi obra bastante más cerca del verso que de la prosa. En el versículo, gracias al juego de las antítesis y a la ordenación yuxtapuesta, las imágenes se mueven con mucha mayor libertad que en la prosa corriente, y aun diré que en el verso. Yo me he sentido muy cómodo escribiendo este libro precisamente así. Pero si quiere usted que lleguemos al fondo de las cosas, le diré que a mi juicio toda la poesía moderna señala una inequívoca marcha hacia el versículo. El conocimiento de la literatura oriental trajo los primeros poemas en prosa del Occidente. Lo que pasa en el fondo es que la literatura occidental ha querido orientalizarse todo lo más posible; y asistimos en la actualidad a la segunda gran ráfaga orientalista. La primera debe situarse, sin duda, más de un siglo atrás, con el nacimiento de la literatura ossiánica y las supercherías de Macpherson. Depurado y alquitarado, esto de hoy es aquello de ayer: el Oriente en la literatura. La poesía griega fué número y ritmo; lo propio la poesía latina. El verso allí es una fórmula entre musical y matemática. Se lo escande al son de la lira. En el versículo oriental nada de esto: porciones, masas que se distribuyen conforme a una cadencia interior o relámpagos de imágenes sucediéndose unos a otros como en una tormenta sin ley. ¿No asistimos a un espectáculo idéntico en las letras modernas?

. . . . . .

—Noto que usted se sorprende un poco a! oírme hablar sin blasfemia ni diatriba de cosas literarias, en estos tiempos atroces en que la gente se mata y deshonra por una metáfora de más o de menos. Yo estoy limpio de ese crimen horrendo y, sobre todo, grotesco, Como buen trabajador, respeto el trabajo de los otros tanto como me preocupo de realizar el mío de la mejor manera.

—Por lo visto, ha aprovechado usted bien el año...

—Sí, señor. *El Apocalipsis de San Lenin* es mi tercer libro del año. Y como estamos a mediados de diciembre, el último del año también...

Carta a un joven argentino...

(Viene de la primera página)

son en todos sentidos algo secundario con respecto a los problemas. Si no se tiene clara noción de los problemas, mal se puede proceder a resolverlos. Además, por muy seguras que sean las soluciones, su seguridad depende de la seguridad de los problemas. Ahora bien: darse cuenta de un problema es advertir ante nosotros la existencia concreta de algo que no sabemos lo que es; por tanto es un saber que no sabemos. Quien no sienta voluptuosamente esta delicia socrática de la concreta ignorancia, esa herida,. ese hueco que hace el problema en nosotros, es inepto para el ejercicio intelectual.

No he hecho nunca misterio de sugerirme mayores esperanzas la juventud argentina que la española. Como este augurio mío ha merecido el honor de ser propalado, me conviene definirlo un poco, a fin de que no se entienda mal. La amistad, cada vez más sólida, entre algunos grupos de la mocedad argentina y mi obra, me obliga a huir con premeditación de halagar a aquélla y me impone cierta escrupulosa veracidad.

La impresión que una generación nueva produce sólo es por completo favorable cuando suscita estas dos cosas: esperanza y confianza. La juventud argentina que conozco me inspira —¿por qué no decirlo?—más esperanza que confianza. Es imposible hacer nada importante en el mundo si no se reúne esta pareja de calidades: fuerza y disciplina. La nueva generación goza de una espléndida dosis de fuerza vital, condición primera de toda empresa histórica: por eso espero en ella. Pero, a la vez, sospecho que carece por completo de disciplina interna—sin la cual la fuerza se desagrega y volatiliza;—por eso desconfío de ella. No basta curiosidad para ir hacia las cosas; hace falta rigor mental para hacerse dueño de ellas.

En las revistas y libros jóvenes que me llegan de la Argentina encuentro—respetando algunas excepciones—demasiado énfasis y poca precisión. ¿Cómo confiar en gente enfática? Nada urge tanto en Sud América como una general estrangulación del énfasis. Hay que ir a las cosas, hay que ir a las cosas, sin más. El americano, amigo mío—por razones que no es ocasión ahora enunciar—, propende al narcisismo y a lo que ustedes llaman *parada*. Al mirar las cosas, no abandona sobre éstas la mirada, sino que tiende a usar de ellas como de un espejo donde contemplarse. De aquí que en vez de penetrar en su interior se queda casi siempre ante la superficie, ocupado en dar representación de sí mismo y ejecutar cuadros plásticos. Pero la ciencia y las letras no consisten en tomar posturas delante de las cosas, sino en irrumpir frenéticamente dentro de ellas, merced a un viril apetito de perforación.

Son ustedes más sensibles que precisos, y mientras esto no varíe, dependerán ustedes íntegramente de Europa en el orden intelectual —único al que me refiero—. Porque, al ser sensibles, toda idea graciosa y fértil que se produzca en Europa conmoverá, quieran o no, el fin receptor, que es su organismo; pero al querer reaccionar frente a la idea recibida—juzgarla, refutarla, valorarla y oponerle otra—encontrarán ustedes dentro de sí esa impresión, esa vaguedad—llamémoslo por su nombre—, esa falta de criterio certero, firme, seguro de sí mismo, que sólo se obtiene mediante rigurosas disciplinas.

Siempre me ha sorprendido la desproporción que suele haber entre la inteligencia, a menudo espléndida, del americano, y esa otra facultad de *mise au point*, que es el criterio. Tal vez, en horas de sinceridad consigo mismo, percibe todo buen intelectual americano ese extraño fenómeno secreto de la insuficiencia de su criterio. Cualquiera que sea su énfasis hacia el exterior—énfasis que en ocasiones se eleva a petulancia—, el fondo insobornable que arrastra todo hombre consigo le advierte de que no está seguro de sí mismo en el difícil manejo de las ideas. ¿Por qué es esto así? Yo aventuraría una explicación, pero su desarrollo me forzaría a entrar en cuestiones un poco abstrusas de psicología étnica. Sería preciso contrarrestar la tradicional noción que supone idénticas, poco más o menos, las almas humanas en todos los tiempos—sin más diferencias que las de sus contenidos—, e ignora que son, a veces, de estructura (de anatomía y fisiología) sumamente diversa. Además, hay cosas de que conviene hablar sólo entre pocos y no aventarlas con riesgo de que sean mal entendidas. En fin, usted, por sí solo, puede reconstruir mi intento de explicación fijándose en que la función ya exquisitamente desarrollada en el argentino, la sensibilidad, habría que localizarla en la periferia de la psique, por ser función receptiva, mientras que el criterio, aun imperfectamente desenvuelto (repito que en el orden propiamente científico y literario), es una operación de dentro a fuera y afecta las zonas más centrales, más personales de la conciencia.

Esto significaría que la nueva generación necesita completar sus magníficas potencias con una rigurosa disciplina de interior. Yo quisiera ver en esos grupos jóvenes la severa exigencia de ella. Pero acontece que veo todo lo contrario: un apresurado afán por reformar el universo, la Sociedad, el Estado, la Universidad, todo lo de fuera, sin previa reforma y construcción de la intimidad. En este punto no pactaré jamás con ustedes, y me hallarán irreductible. Todo el que incita a los jóvenes para que abandonen el sublime deporte cósmico que es la juventud, y salgan de ella a ocuparse en las cosas llamadas «serias»—política, reforma del mundo—, es deliberada o indeliberadamente dañino. Porque esas cosas serán todo lo «serias» que se quiera, pero cede a un puro prejuicio quien cree, sin más, que lo «serio» es lo importante y esencial. La política, la reforma de ese

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

vago armazón formal que llaman el Estado, son, en todo caso, consecuencias de otras actividades previas verdaderamente creadoras. Y lo mismo digo de la riqueza. La riqueza sólida y estable es, a la postre, emanación de almas enérgicas y mentes claras. Pero esa energía y esa claridad sólo se adquieren en puros ejercicios deportivos, de aspecto superfluo.

Sobre todo, la ciencia pura, la ciencia que no se propone ninguna aplicación inmediata. Para advertencia ejemplar de los hombres existe el hecho gigantesco de que la civilización que ha obtenido mayor dominio material, práctico, sobre el cosmos—la europea—haya sido a la vez la civilización de la matemática más irreal y abstrusa. El mundo antiguo sólo produjo una técnica desmedrada y torpe—a mi juicio, una de las causas más concretas de su ruina—, porque no cultivó la matemática y el pensamiento con suficiente alegría deportiva. ¡Dígaseme qué sería de nuestra técnica sin la geometría analítica de Descartes y el *calcul des infiniment petits*, de Leibnitz! En un libro próximo a publicarse—*Marta y María o Trabajo y deporte*—verá usted cómo las cosas llamadas «serias» y útiles han sido en la historia míseras decantaciones, precipitados y como propinas del puro deportismo.

En lugar de invitar al joven a hazañas patéticas, de falsa gesticulación solemne, yo le diría: «Amigo mío: ciencia, arte, moral inclusive, no son cosas «serias», graves, sacerdotales. Se trata meramente de un juego. Pero así como la acción que no nos es dado eludir puede, sin desdoro, ser mal ejecutada, ya que nos viene impuesta, el juego exige que se juege lo mejor posible. Precisamente su falta de «seriedad» hacia afuera—su falta de forzosidad—le dota espontáneamente de una rigurosa «seriedad» interna. ¡Dígame usted si cabe pensar que el cálculo infinitesimal hubiera podido inventarse en «serio» y por obligación, por necesidad opresora y a hora fija! Pues bien, joven amigo mío, usted juega mal, no sabe jugar y tiene que aprender.»

Yo espero mucho de la juventud intelectual argentina; pero sólo confiaré en ella cuando la encuentre resuelta a cultivar muy en serio el gran deporte de la precisión mental...

. . . . . .

Más de una vez—y por cierto con anterioridad a las voces que ahora comienzan fuera de España a insinuar algo parecido—he hecho notar que la historia avanza según grandes ritmos biológicos de los cuales es uno el de la edad. «Hay tiempos de jóvenes y tiempos de viejos», decía yo en *El tema de nuestro tiempo*. La manera de reconocer a qué sazón vital pertenece una época es determinar si las ocupaciones que en ella dan el tono son de tono «serio» o de tono «alegre». Porque las cosas todas del mundo se pueden repartir en esas dos clases de tonalidad. Hay paisajes tristes y paisajes jocundos. Y esta diferencia de matiz expresivo no proviene, como ha solido creerse, de una mera proyección sobre el paisaje indiferente de nuestros estados subjetivos. El paisaje triste—ciertos puertos lívidos y cardenosos de España—, Somosierra, Piqueras, por ejemplo, lo son por sí mismos. El que va alegre por ellos nota su tristeza, sólo que el hervor de su interno regocijo lo defiende e inmuniza de la tristeza invasora que el paisaje comprime contra su persona. Del mismo modo, al salir de una habitación caldeada, el fuego acumulado en nuestro cuerpo impide que sea penetrado por el frío exterior que percibimos, pero, por decirlo así, mantenemos a raya, sin transitar la frontera de nuestra piel.

Pues bien; en este sentido hay ocupaciones «serias», como son la política y la industria en general, el derecho y la economía. Son puros formalismos, y como tales, tristes, grises, sin interior suficiencia. La «seriedad» del magistrado y del contable; en general, la gravedad del burgués es un reflejo de sus serias preocupaciones. En cambio la ciencia, la mejor ciencia, por ejemplo, la filosofía, ríe y sonríe en los diálogos de Platón con un ruido un poco de algazara escolar. Cosa nada sorprendente si se advierte que la filosofía se inventó por unos viejos sonrientes en conversación con los muchachos que salían del gimnasio triscando delante de sus ayos o «pedagogos». (Véase el *Lysias.)*

El predominio del deporte físico, con su tono de alegría muscular, es, acaso, un síntoma del cariz que la vida va ir tomando. Parece como si Europa se entregase a una salvadora puerilidad. Este es un punto sobre el que algún día quisiera hablar largamente, porque lo considero de sumo interés. Un profundo instinto hace entrever a nuestras viejas naciones que necesitan, después de una etapa de triste trabajo, dominada por la idiosincracia del burgués y el obrero, una etapa de puerilidad y juventud. Pero es el caso que el espíritu—en cuanto cabe distinguirlo de la carne—es siempre más viejo que el cuerpo, y desde luego, un exceso de espiritualidad avejenta. Bien; y ¿qué inconveniente hay en que sobrevenga una época durante la cual el cuerpo se anteponga al espíritu a fin de equilibrar la exageración de éste, que los últimos siglos han padecido? Sazón de convalecencia para Europa. Toda convalecencia mima al cuerpo, y, además, tiene no sé qué de admirablemente pueril.

1924.

Comentario

En nuestras columnas editoriales de ayer publicamos un artículo de don José Ortega y Gasset, la más prominente mentalidad española. Ese artículo, que va dirigido en forma de carta a un joven intelectual argentino, esta destinado a comentar, en la forma severa y rotunda en que lo hace siempre Ortega, las actividades espirituales de las nuevas generaciones americanas.

Y en ese comento encuentra Ortega y Gasset que a la juventud americana le falta disciplina y precisión mental. Y si por una parte la fuerza de que vienen animadas le hace esperar mucho de ella, desconfía de un resultado porque encuentra que no tiene una disciplina mental suficiente para ser productora.

Ese defecto que encuentra Ortega y Gasset en la juventud contemporánea de América no es defecto de juventud solamente. El mismo anota que ese defecto encuéntrase en América con mucha facilidad, «por causas que no es ocasión ahora enunciar». Nosotros nos atreveríamos a creer que ese defecto viene de muy atras todavía, no a América, sino hasta España. Y que si bien es cierto que por esas razones que no nos ha explicado el filósofo peninsular, en América se acentúa el defecto de la impremeditación, de la imprecisión mental, de la indisciplina del espíritu, en España existe también un movimiento, no sólo en las generaciones de ahora, sino en las anteriores, hacia esa indisciplina. Allá los defectos que pudiera tener una voluniad entorpecida y opaca a la disciplina espiritual son borrados con el pulimento diario del alma universitaria. Entre nosotros, donde la universidad carece de sentido como educadora, y donde no hay un crisol austero de disciplina cerebral, lo que en la Península es apenas un defecto, pasa a ser la característica de nuestro pensamiento y de nuestra acción.

Ortega y Gasset es un disciplinado. ¿Aprendió por casualidad esa disciplina en su tierra? No. El pensamiento de Ortega y Gasset, ese profundo disociador de ideas, ese pensador de tanto relieve, ese erudito fácil, no ha nacido ni ha podido nacer sino en la sobria educación germánica que en la universidad alemana lactó y aprendió a amar. Fué en los claustros donde las clases de humanidades pasan a ser prolijos estudios de laboratorio, si pudiera hacerse esa metáfora, donde se hizo la gestación de ese cerebro que hoy se impone en España por su severidad y su firme criterio. Si Ortega y Gasset no estudia en Alemania, no habría pasado de ser un literato, y si Ortega y Gasset nace en Colombia, o en Argentina no habria pasado tampoco de ser un gárrulo estudiante, presuntuoso y altanero como cualquier otro americano.

Y van ahí envueltas unas causas de esas que no apuntó Ortega y Gasset. Es un error fundamental tratar a las generaciones nuevas de viciosas espiritualmente, cuando no se puede encontrar por ninguna parte el esfuerzo para salvarlas. De incultas, cuando la cultura ambiente es opaca, casi inexistente. De indisciplinadas, cuando por ninguna parte, a su rededor se encuentra la disciplina que castigue los nervios ágiles y vigorice el espíritu. Puede, sí, hacerlo Ortega y Gasset, que no sabe las tragedias espirituales de esta raza.

Y que puede aún sugerir remedios, como lo hace en su artículo, remedios que tendrían que llevarse a cabo dentro del más completo autodidactismo, sin esperar nada del ambiente. Hay que agradecer la voz que de la Península manda Ortega y Gasset. Hay que seguir sus consejos y hay que hacer una campaña contra la indiferencia general, que sólo reprocha y nunca aplaude que recrimina y no tiene usa sola escuela de perfeccionamiento cerebral.

(El Tiempo. Bogotá.)

QUIEN HABLA DE LA
Cervecería TRAUBE
se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:
CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA
SAN JOSÉ — COSTA RICA

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

Poesías de Primitivo Herrera

=Colaboración directa=

Salutación a Costa Rica

Romero en Delfos...cabe la falda
de tu divino manto esmeralda
vengo a ofrecerte con devoción
este homenaje de mis empeños,
en donde late lleno de ensueños
y de esperanzas, mi corazón...

Vengo a brindarte perla joyante,
límpida orobia toda fragante
de tuberosas y de azahar,
este puñado de melodías
escrito al borde de tus umbrías
bajo tus cielos y frente al mar...

Vestal sagrada del Continente
que mantuviste siempre latente
tu vigoroso gesto de honor,
cuando en tu suelo levantó un día
su férrea mano la tiranía
tras la sonrisa del impostor!

Hidalga cuna de redentores,
sabios, apóstoles y mentores
que aquí fincaron su potestad;
¡gracias al genio de tu linaje
y a la templanza de tu coraje
vive impecable tú libertad...!

Bella Durmiente del Bosque...apenas
palpo la savia que hay en tus venas
y ya contemplo de norte a sur,
como penacho de tus afanes
la fumarola de tus volcanes
que se remontan hacia el azur.

Trémula virgen americana,
la más henchida de sangre hispana
en estas horas de indecisión;
¡clava en los cielos tu pensamiento
como bandera que flote al viento
simbolizando tu redención!

Loor a esta invicta tierra dorada
por los carmines de su alborada
de lampos áureos y hebras de sol;
loor a este huerto de la hidalguía
donde se funden en armonía
gema y arrullo...lauro y crisol...

Parto mañana sobre el Pegaso;
mas, aunque lejos de tu regazo
sentiré siempre—dulce emoción
que en mis ternuras se centuplica—
las remembranzas de Costa Rica
junto al sagrario de mi ilusión...!

Venus andina

¿En dónde ví esos ojos de mágico conjuro
que alegran y embellecen tu faz alabastrina;
y en dónde esos hoyuelos de bermellón maduro
abiertos al susurro del aura vespertina...?

¿Acaso de algún árbol bajo el ramaje oscuro
hallé una tarde oculta tu doncellez divina,
o vienes de las tribus del viejo Guaicaipuro
errante por las breñas de la montaña andina?

Yo sólo sé evocarte rememorando el día
en que llevó a Bolívar hasta la serranía
una dama, su ofrenda de aroma seductor.

Y terciando la bridas de su corcel piafante,
el semidiós entonces con ademán galante
besó las manos blancas...y se llevó la flor!

El paso de los Andes

San Martín arrasaba con sus huestes oscuras
la enorme cordillera de cúspides ingentes,
en cuyos hondos valles serpean los torrentes
y las escarchas fingen ásperas limaduras.

En un temblor heroico lleno de crispaturas
los picachos andinos vieron en sus vertientes
pasar la cabalgata de rudos combatientes
erguidos sobre el lomo de sus cabalgaduras.

Ventiscas y zarzales en los desfiladeros;
y aquel séquito inmenso de bravos granaderos
cruzó más de cien leguas con el ojo avizor.

Y así fue como en ruta de fatigas tan grandes,
San Martín, arrogante, descendió de los Andes
y arrojó sobre Chile su corcel invasor...

Bolívar y San Martín

Los dos libertadores bajo la rubia aurora
se hallaron frente a frente sobre la misma huella;
traían en el pecho generoso una estrella
que nimbaba de gloria su misión redentora.

Erguidos, en la cumbre solemne de la hora
estrecharon sus brazos en la mañana aquella,
Bolívar, desbordando sus ojos de centella
y San Martín, luciendo su espada vencedora.

El ínclito argentino después de aquel abrazo,
volvió grupas de pronto bordeando el Chimborazo
camino de sus pampas hermanas del ñandú.

Y Bolívar entonces encendió las hogueras;
arengó las mesnadas de sus huestes guerreras
y fue él solo la espada que libertó el Perú..

¡Gloria a Sidar!

Yo lo vi en su Pegaso despreciando la vida
ascendiendo en el éter como un Ícaro heleno;
con su sed de horizontes en el alma prendida
y sus ojos abiertos sobre el azul sereno...

En galope remante con la faz encendida
de luz, y a todo signo de imprevisión ajeno,
sólo amaba el instante de medir la partida
y explorar las entrañas de la nube y el trueno.

Iba el águila azteca remontando su vuelo,
con las alas tendidas y embriagada de cielo
en su rauda carrera bajo la inmensidad:

Y trocándose luego su destino sombrío,
se desplomó aquel genio por el confín vacío
y se estrelló en las rocas de la Inmortalidad...!

Caja de música

Amo tus manos con las que arrancas
suaves del piano las melodías,
y a veces fingen palomas blancas
acurrucadas entre las mías.

Amo tu risa de colegiala;
tus lindos ojos de garza errante,
y tu melena negra que exhala
olor a un ámbar regurgitante.

Amo tus senos de bayadera,
porque despiertan en mi alegría
aquellos soplos de primavera
que fecundaron a Alejandría...

Amo impaciente tu boca roja
—panal de mieles que yo presiento—
dalia garrida que se deshoja
sobre la hoguera de mi tormento.

Sí amo tu risa que se me irisa,
y amo tus senos que son tan buenos,
tu boca loca que me esclaviza
y tus helenos ojos serenos...

Sí amo tus manos, palomas blancas
desmadejando su albor lozano
cuando con ellas fácil arrancas
las melodiosas notas del piano...

Deja que suba todo mi orgullo
cabe las rejas de tu ventana,
y se disuelva como un arrullo
junto a tu lecho de circasiana.

Y cuando sientas que ya te arroba
la trova errante del alma mía,
¡quema y aroma tu linda alcoba
con esta mirra de melodía...!

San José, Costa Rica, 1930.

Cosas de Nicaragua

El Macho-Ratón

= Envío del autor —

Viajero inglés de los que coleccionaron la infinidad de datos sociológicos, de todas partes del mundo, que utilizaron Herbert Spencer y los demás filósofos científicos de su época, recogió en Nicagua la letra de la fantástica comedia-ballet de *El Güegüence* o *Baile del Macho-Ratón.*

Obra teatral de valor literario indiscutible, supera a cuanto conocemos de la comedia griega anterior a Aristófanes. Tiene escenas de purísimo lirismo, como cuando el Güegüence describe la delicada hermosura de «la niña que le dió licencia,» Tiene pasajes de lenguaje tan amplio que el propio Aristófanes no le sobrepasa, como cuando el Güegüence le ofrece al Gobernador Tastuanes «jeringa de oro para medicar la corte.» Este Gueguence, el héroe de la obra, indio fantasioso hasta el embuste, atrevido hasta lo increíble, cobarde sin embargo, y borracho, y, sobre todo, vanidoso, quiere hacer creer al conquistador ibero —el Gobernador Tastuanes—que posee oro en abundancia y preciosa pedredería, maravillosos tapices y una infinidad más de tesoros de todo género, cuando en efecto vive y viste de la manera más triste, miserable y estrafalaria.

Sus grandilocuentes alardes de grandeza y poderío, la enormidad de sus embustes, contrastados con la realidad trágica de su lamentable situación verdadera, dan la visión oblicua de la vida, esencia de lo cómico, así como la visión directa es esencia de lo trágico. Sea cual fuere el modo de la visión, el fondo es siempre un gran dolor, sólo dolor. Auténticamente cómica, esta farsa es una risa —cínica, pero risa—sobre el inmenso dolor de la primera conquista de Nicaragua.

Publicada en el original hispano-ná-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

huatl, lengua que se formó en Nicaragua después de sometido el país a los españoles, y acompañada de la traducción inglesa y de interesantísimas anotaciones, esta singular y preciosa obra centroamericana ocupa el tercer tomo de la *Biblioteca de Literatura Original de América* editada por Britton, en Filadelfia, a mediados del siglo pasado. Hoy la recuerdo porque el señor Moncada (José María), que hace de presidente del yanqui en Nicaragua, mi patria, está dando una representación a todo trapo, con el mundo de público, del ballet del *Macho-Ratón*, en la que él hace de Güegüence y el comandante de los marinos norteamericanos de Gobernador Tastanues.

En el fondo de esta vasta farsa, quien se asome detrás de las bambalinas verá a Nicaragua muequeando en agonía. Haga el espectador a un lado los «boletines» que reparten a la prensa de Centroamérica los agentes asalariados, casi todos extranjeros, del actual Güengüence de Nicaragua, y verá, más allá de ese escenario vistoso y aún fastuoso, el dolor de mi tierra desolada.

Acaba de publicar la prensa de Costa Rica el mensaje que Moncada (José María) ha tenido el atrevimiento cómico, muy güegüéncico, de enviar al coro de ballet que en Nicaragua se llama Congreso Nacional. Se habla allí de más palacios que los que hubo en Troya, «cuyas torres altísimas se perdían en las nubes», y de tántos ferrocarriles y de tántas carreteras, que, quien conozca la extensión territorial de Nicaragua, pensará que ya no queda allí lugar en donde crezca zacatillo para los bueyes de los pobres, porque lo impide tan espesa ramificación de vías de acero y caminos de asfalto... ¡Y todo es como los tesoros del Macho-Ratón: Falsedad que pasma de tan falsa y que mueve a risa por su desmedido empeño de grandeza!

¿Habrá hecho el gobierno de Moncada un mediano trazo siquiera de la carretera al Atlántico? El Güegüence la da por terminada ya. ¡Y no existe sino que en su embustera fantasía!

Del ferrocarril de León al Sauce, en más de un año de trabajo, el gobierno de Moncada no ha hecho más que colocar doce millas de rieles viejos sobre durmientes donados por sus aduladores de León. Allí no hay problema de ingeniería ninguno. El problema, admirablemente resuelto por el Güegüeuce, es hacer que hace; y la obra realizada es de menos de una milla por mes.

Del ferrocarril de San Jorge a San Juan del Sur no hay más que mapas. No se ha dado una palada. No se ha colocado un durmiente. No se ha clavado un riel. Eso sí, semanalmente, lo mismo que en la línea León-Sauce, los privados del Güegüence reciben para el pago de obreros inexistentes. Como en la locura de Hamlet, en la farsantería del Güegüence «hay método.»

El Güegüence habla de economías. Para hacerlas, echa mano al fácil y cruel recurso de rebajar sueldos. Son sólo los salarios de los infelices empleados públicos, que no de los afortunados funcionarios de la República. Así, no habrá reducción de las escandalosas canongías de que disfrutan los rufianes que forman la corte del Güegüence, ni los emolumentos de los coristas que en el exterior reparten «boletines».

No habrá tampoco disminución de los sueldos que de la tesorería de Nicaragua, sudor del pueblo, perciben los marinos norteamericanos que hacen de oficialidad de la llamada Guardia Nacional, y que mantienen al Güegüence en el poder. Mr. Carlos Thomson, secretario en la América latina de *The Fellowship of Reconciliation*, proba organización norteamericana, ha hecho público que hay marinos de estos en Nicaragua que ganan hasta siete mil dólares al año. El que menos gana tiene sueldo fijo de ciento treinta dólares al mes, además de su sueldo norteamericano de cuarenta y tres dólares setenta y cinco centavos; y goza exención de derechos de importación, de lo que se valen muchos para introducir al país desde el tabaco que fuman hasta el automóvil con que impunemente arrollan al infeliz peatón nicaragüense.

En cambio, las economías del Güegüence afectan al miserable salario de doce dólares mensuales, por siete horas de trabajo diario, de los desgraciados maestros de escuela de Nicaragua. A estos maestros se les debe siempre, adrede, un retraso de sueldos de un año; retraso que los privados del Güegüence compran con inmisericordes descuentos para hacérselos pagar íntegros en la tesorería «de orden del presidente de la República...» En Costa Rica, noble y cuerdo país que sabe considerar a sus maestros, se puede alcanzar a comprender bien semejante infamia.

Las economías que el Güegüence afirma que se imponen, para seguir sin tregua tendiendo una mísera milla de rieles viejos por mes, no afectan tampoco el salario de nueve mil dólares mensuales que el Güegüence se ha asignado, ni reza con los enormes *gastos privados* de la Casa Presidencial donde cotidianamente se observan con gran pompa los ritos báquicos que abren el apetito y preparan para las orgías de Afrodita...

Y mientras el Güegüence sueña en una mansión presidencial ya que cuesta seiscientos mil dólares; mientras lanza a los cuatro vientos ditirambos que huelen a la viuda Clicqoq, alabándose de derrochar los dineros del pueblo en orientales lujos para sí mismo, la ciudad de Chinandega continúa en escombros y, en el Norte de Nicaragua, millares de familias están sin techo, a la intemperie y hambrientas, en reconcentraciones inicuas en que mueren los niños por centenares, calculándose que el noventa y seis de las criaturas menores de cuatro años de esa región ha perecido. El Güegüence calza sus puntos de Herodes. ¿No es acaso tetrarca que el conquistador ha entronizado?

En Managua puede verse el Instituto Central, y casi todas las casas de escuelas nacionales, al caerse, faltos de reparación. La crisis económica por que atraviesa el mundo, ha azotado con mayor fuerza que a ningún otro país del continente a Nicaragua, que aún es víctima de la más desastrosa de las guerras. La República entera aúlla de hambre. Pero el Güegüence, encantado con hacer los desplantes de tiranuelo ruín que le tolera el Tastuanes yanqui; encantado con ejercer venganzas ruines; encantado con hacer vida de desenfreno moral ilimitado, para acallar el grito de angustia de sus víctimas, para engañar con ilusorias obras de progreso al mundo de afuera, abre grande la boca de máscara de comedia y habla de palacios, de carreteras, de ferrocarriles...

Hablándome de Moncada (José María), a quién trató lo bastante para conocerlo a fondo, el senador de los Estados Unidos, Burton K. Wheleer, empleó una frase en inglés que comienza con *son*... Era a principios de este año. en Washington, en su oficina privada en el Anexo del Senado, del Capitolio. Estaba presente Mr. Benjamín Marsh, secretario de *The People's Lobby.*

—*No, my dear Senator*, le dije. Mr. Moncada no es precisamente eso: Es el Güegüence.

Y al explicarle la comedia hispanonáhuatl, el legislador gringo más comprendedor de nuestros asuntos y más dispuesto a esforzarse por nosotros exclamó:

—¡Con que el Gobernador Tastuanes acabó echando fuera de escena a palos al Güegüence! ¡Magnífica comedia!...

Y reía.

Salomón de la Selva

San José, Costa Rica, setiembre del 30.

Estampas

De Chile han vuelto...

=Colaboración directa=

De Chile han vuelto, expulsados de la Universidad intervenida por la dictadura gobernante, tres estudiantes costarricenses. Son estudiantes de honor, que es decir de espíritu fuerte y fecundo para las decisiones constructivas y ejemplares. No pudo la tiranía envilecer estas vidas y con su ojo torvo las vió merecedoras del castigo infamante.

Hay en la vida de Percy Bysshe Shelley un suceso luminoso al cual asociamos espontáneamente el de los estudiantes costarricenses. Lo leemos en Maurois, el biógrafo sutil y penetrante de las vidas inglesas que sorprende llenas de majestad. Es suceso que conmueve por la enseñanza que difunde. Como estudiante de Oxford, Shelley fué un día considerado rebelde y funesto. Acababa de publicar un panfleto, *La Necesidad del Ateísmo*, que los guardianes de Oxford calificaron de irreverente y peligroso. El

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

librero que osó exponer en sus vitrinas la piedra de escándalo, para no verse arruinado tuvo que recoger y quemar entera la edición.

A Shelley quiso aplicársele el mismo vulgar racero. El Dean imaginó encontrar en aquella creatura una desgracia humana. Lo imprecó para turbarlo. Mas estaba en presencia de un estudiante de honor que le dió esta respuesta rotunda: «No es ni justo ni legal interrogarme en esa forma. Procedimientos semejantes vendrían bien en un tribunal inquisidor, pero no en un país libre y de hombres libres.» El Cónclave escandalizado acordó la expulsión del estudiante indócil.

El castigo, según comenta Maurois, fué terrible, porque le cortó sus estudios, le cerró la entrada a las demás universidades, lo despojó de la paz que era el sustento de su vida, y le arrojó a la cólera feroz de su padre.

Fué una tempestad lo que circundó la vida de Shelley, tempestad que se llevó los títulos ansiados por su padre para el varón único. Sin embargo, el manantial de luz de su decoro siguió resplandeciente. Lo mismo han salvado para sí y para su patria los estudiantes expulsados de Chile y de su Universidad. Vuelven sin títulos. ¿Para qué lograrlos, si se les imponía convertirse en rumiantes? A esto no fueron a Chile. Su condición no fué la de náufragos recogidos por caridad, sino la de espíritus libres. Y el ejercicio de la libertad debe ser constante, activo como única forma de imponer un rumbo creador a la vida.

Ah!, para que el país se poblara de generaciones influídas de un sentimiento puro del honor! Para que estos estudiantes que, como Shelley, pospusieron comodidades y honores, no contituyesen casos raros. Porque sólo los jóvenes pueden vigilar la grandeza de su patria. En ellos no hay temores ni cálculos estúpidos. Si necesitan decir al gobernante o al politicastro perverso que son desleales a los principios de decoro que rigen el trato con los negocios vitales de la nación, lo hacen y se sacrifican. Y es natural que sea el alma nueva la que tenga esa misión vigilante. Es natural también que se la tema y no constituya su existencia una aspiración de ningún plan de gobierno. Mientras lo que pase de generación a generación sea el arrebañamiento, no aparecerá nunca el peligro de que las aguas se agiten. Aguas quietas con croar de ranas es lo ideal para los que se constituyen en un país pontífices de su destino. Pueden así, en medio del coro estúpido, imponer los yerros más grandes y de todos los confines vendrá aprobación.

¿Quién les dirá a los hombres inescrupulosos que tienen responsabilidades grandes? Nadie se los dirá mientras no haya gente nueva, generaciones vigilantes, sin genuflexiones, sin zalamerías, sin el cálculo desgraciado que dé o conserve el halago de la posición de relieve.

No extendemos el pensamiento fuera de la realidad de nuestro país, en la aspiración por verlo lleno de mentes independientes. Creemos que uno de los bienes mayores por que se debe batallar aquí, sin tregua, reciamente, es este de la formación de gente nueva. No podemos seguir aceptando que los listos y los necios voceen día día la crisis de hombres. Ellos miden por sus ambiciones la estatura de los demás. Pero precisa generalizar el principio de que mientras una nación no mate la rutina aplastante a que la han ceñido sus pontífices, no puede nadie hablar de que se ha entrado en orfandad. Y esa rutina sólo la cultura al servicio de las juventudes puede exterminarla.

Pero no nos hacemos ilusiones, porque comprendemos la magnitud de la tarea. Hablamos del poder renovador y vigilante de la gente nueva, sin querer afirmar con eso que está animada de cierta virtud milagrosa. Nos enciende la aspiración de confiar en ella el ejemplo de esos estudiantes expulsados por haber defendido su honor. No en todos, por jóvenes que sean, existe esa entereza. Lo usual es la timidez o el cálculo menguado como guía de casi todas las vidas. Existe el enorme peligro de que sus energías se vuelvan ponzoñas endemoniadas. Un pasaje de Plutarco está lleno de sabiduría cuando señala tal peligro: «La nombradía y los honores dispensados a los jóvenes, en los que son de índole ligeramente ambiciosa, vienen a ser, a lo que parece, una cosa temprana que apaga su espíritu y llena pronto su sed, dejándola fácilmente satisfecha». Pero no es para esa juventud sin lastre para la que anhelamos un advenimiento. Queremos la otra, la de aspiraciones reales que también señala Plutarco: «Pero a los de ánimo altivo y resuelto los honores los elevan y encienden, impeliéndolos, a manera del viento, a lo que les parece honesto; porque no los reciben como salario, sino que más bien son una nueva prenda que dan de que se avergonzarían de frustrar la esperanza que de ellos se tiene y de no hacerla correr con iguales hechos a los anteriores».

Allí están los dos sectores de juventud que pueblan una patria. De un lado los que se aquietan con el halago; de otro, los que son siempre unidad de la lucha. Para unos el salario, es decir, los honores; para otros la oportunidad, el estímulo. Sin vacilar estamos con los segundos. Son los rebeldes, los fuertes, los vigilantes que no sucumben ni ceden jamás su puesto.

Qué trato tan diferente habrían recibido muchos de nuestros problemas económicos, educacionales, sociales, de no habernos faltado elementos «sin índole ligeramente ambiciosa.» ¡Pero como no hemos de caer en la lamentación estéril, miremos a lo porvenir, inspirémonos en Plutarco para trabajar por el advenimiento en nuestro país de gente austera, respetuosa de la defensa de las cosas de la patria.

Y cómo necesitamos batalladores que no capitulen! El poder de absorción que se nos está aplicando es tremendo y sólo matando las fuerzas oscuras que desde aquí lo incitan, podremos salvar lo que nos queda. La electricidad nacionalizada, por ejemplo, es un bien que requiere, para librarlo de la voracidad de la Electric Bond and Share Co., todas las voluntades unidas. De lo contrario nos tocará vivir en la opresora realidad en que están viviendo todos los países que han entregado su electricidad al extranjero que sirve designios siniestros.

No podemos conformarnos con la ley, aquí en donde no se legisla por principios, sino por conveniencias. Cuando esa Compañía inicie la campaña de desprestigio de la legislación eléctrica y de los hombres fuertes que la escudan, nos parece difícil que no se imponga.

Para librarnos de esa degradación es para lo que aspiramos a que el país forme generaciones vigilantes, de honor. Puesto el pensamiento en problemas de trascendencia, nos viene la reflexión que busca el advenimiento de espíritus nuevos. Sin ellos se nos va a vencer, vamos a recibir trato humillante. Los estudiantes que Chile y su Universidad intervenida por la dictadura han expulsado, vuelven como a poner una alborada en nuestro horizonte moribundo.

Juan del Camino

Cartago. Setiembre de 1930.

Dos Capitulos de El Apocalipsis de San Lenin

(Viene de la pagina 185)

en esta parábola: Que el terrateniente que no trabajó se enriqueció con el trabajo ajeno, y así hubo dolor y lágrimas en el tugurio del jornalero, desde cuya negra miseria se veían noche a noche las luces de la inacabable fiesta del que se cruzó de brazos.

10. Y un día, el que se cruzó de brazos fué ganado por la compasión. Dejó su fiesta, descendió al valle de las lágrimas, hizo limosna de dos monedas, y con ello retornó, henchido de contento, por el bien que había hecho.

11. Y mientras volvía, henchido de contento, el dedo de Dios lo señalaba a sus ángeles, y ángeles de justicia clamaban: Allá va el que dijo: *La tierra es mía*. Allá va el que dijo lo que no se puede decir. Porque la tierra es de Jehová, y así está escrito.

12. Sí. Porque la propiedad feudal de la tierra es también como en esta otra parábola: Como barco en que pueden viajar cómodos y felices veinticinco remeros y en que cinco se tomaron el barco para sí.

13. ¿Cómo harán, entretanto, los otros para estar y no estar en la nave, para viajar en ella como es fuerza que viajen, y no ocupar sitio alguno?

14. La propiedad feudal del suelo es como barco en que los cinco déspotas condenaron a los veinte desheredados a viajar como náufragos cogidos de la borda, hundidos hasta el vientre en las aguas heladas.

15. Sí. Porque la propiedad feudal de la tierra es también como en esta parábola. Y es que como huerto de árboles frutales es la tierra, como huerto cargado de fruta y como campo de blonda mies y como maizal y como prado de hortalizas bien logradas, en que cuantos trabajaron arando, sembrando y recogien-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

do sufrieron escasez, mientras el amo que los tomó a salario se enriqueció con lo que ellos araron, sembraron y cosecharon, y todavía compró más campos.

16. Compró más campos y pasó lo mismo otra vez con los jornaleros, y compró nuevamente más campos; y pasó lo mismo otra vez con los asalariados y compró más campos, y se compró finalmente toda la tierra para él solo.

17. Y es también como en esta otra parábola. Como campo desierto y baldío que fué cercado de espadañas para que nadie entrase a trabajar sin qne primero sangrase entre las espadañas para alegría del amo.

18. Y la tierra así cercada fué campo de víboras entre terrones de aridez cuando pudo ser reluciente esmeralda en la corona del mundo.

19. Y también como en esta parábola: Que cuando la tierra era del pueblo no había Foro en Roma, y cuando el pueblo fué despojado de la tierra hubo Foro en Roma. Y acudieron a su recinto los abogados con los labios temblorosos de mentiras, aunque hablaban como hombres que no mienten sino que se arrebatan por el imperio de la justicia.

20.—*¡Reivindico! ¡Reivindico!*, exclamaban los abogados que no acababan nunca de reivindicar la tierra de un cliente para otro cliente y especialmente la de un pobre para un rico; hasta que los Gracos dijeron: ¡Escucha, pueblo, y aprende tú también la palabra de los abogados, y grita al fin; *¡Reivindico!*, verdadero Dueño! Apresúrate, verdadero Dueño a reivindicar de una vez la tierra que te quitaron

21.—Pero se hundirá la Atlántida en el mar y empero flotará y boyará la iniquidad de los hombres sobre todas las aguas.

Capítulo XX
o sea el Capítulo del Templo incendiado

1. Y había muy grandes señores que acudían al templo, y de hinojos o con la frente en el suelo no cesaban de sollozar durante todo el oficio: ¡Ay, Dios grande! ¡Señor, Señor! ¡El mundo es una sola llamarada! ¡Tened piedad de los dolores humanos!

2. Hasta que un día el sacerdote hubo de volverse a estos fieles y desde las gradas del altar habló así:—¿Sabéis una cosa, queridos feligreses? Parece que Dios está cansado de vosotros. Acabo de oír su voz, y su voz decía; ¡Basta, hipócritas! ¡Basta de actitudes vacías y de alharacas sin sentido!

3. ¿Oís? ¿Oís?... Ahora oigo que dice: Si la plegaria no es el estandarte de los rectos deseos y el canto de las buenas obras, la plegaria es solamente pan para Satanás.

4. Sabed, pues, que nada se remedia con suspirar: ¡Ay Dios mío! Y por si lo dudareis, enteraos además de un sueño que tuve anoche. Espíritu de Daniel había en mi sueño y espíritu de verdad en las visiones de mi sueño.

5. Y fué que soñando soñé que Dios mismo bajaba a la tierra, bajo la dulce apariencia de un venerable anciano, el cual me dijo.—Sacerdote, echa adelante. Hazme conocer la tierra que tú bendices en el santo nombre de del Señor.

6. Y yo eché adelante, y le dije: —*Señor, ésta es la tierra que preguntas.* Y como Él empezase a ver linderos entre campo y campo, y los campos sin cultivo, oí que se preguntaba a sí propio: ¿He creado Yo alguna vez linderos entre campo y campo, y he dicho: *Sea yerta la tierra*, o dije: *la tierra es mía y pasajeros sois vosotros?*

7. Y venía gran golpe de pobres gentes, y según le salían al paso Él les iba preguntando:—¿Por qué pusisteis linderos y dejasteis yermos los campos? Y respondiendo a lo primero decíanle:—Mediante los cercados se distingue lo que es de cada uno...—Y Él les instaba:—Distinguidme, pues. la parte vuestra.

8. A lo que ellos contestaron:—De nosotros nada es. Los linderos distinguen las tierras de los grandes señores.

9. Y oí que Él se preguntaba como quien habla consigo mismo: —¿He creado yo alguna vez grandes señores?

10. Y preguntaba de nuevo:—Decidme ahora, ¿por qué están yermos los campos? Y ellos contestaban. —Señor, porque sólo se ara y se siembra la tierra de los grandes señores. Si nos dejasen trabajar, siquiera en algún desierto, el verdor de la tierra haría sonreír a los cielos.

11. Y Él tornaba a preguntar: —Decidme ahora qué coméis.

12. Y ellos: —Comemos de las limosnas que nos dan. Dios es bueno y ha constituído la santa limosna. (Y Él: ¿Cuándo he instituido Yo esa ignominia? ¿Cuando aparejé otra cosa que la justicia sobre la tierra?)

13. Y añadían:—Así mismo, ya ves cómo vivimos...Y levantándose el manto le mostraban una carne escuálida, y señalando sus viviendas le enseñaban unas zahurdas sin aire ni sol que ni tan siquiera eran suyas.

14. De suerte, que preguntando y escuchando Dios Nuestro Señor se cercioró de que había mucha hambre por toda la tierra, como no fuese en los palacios de los amos, donde la abundancia se dejaba podrir bajo siete llaves.

15. Y uno dijo aún:—Si no son los caminos, nada es nuestro.—Y otro: —¡Los caminos! ¡Caminos con sed, con hambre, con sangre, todos llevan a la desesperación!

16. —Antes—refirió uno—crecían a los lados de los caminos, hileras de árboles frutales. Cada estación traía sus frutas, y las frutas alcanzaban para todos. Ahora los alguaciles mandaron hachar los árboles que daban fruta y sombra, y pusieron en su sitio arbolillos enanos y estériles de los que llaman de jardín... ¡Estamos cercados por el hambre, Señor!

17. Y en eso se vió por la carretera que venía uno de vosotros en litera de oro y plata, guarnecida de piedras preciosas, portada en hombros de esclavos.

18. Y el verdadero Dios indagó: —¿No sabe caminar por sí solo ese hombre que así viene portado en litera? —Viene así— le explicaron —porque es el dueño de todos los campos que se ven a la redonda...

19. Entonces el verdadero Dios, desde lo alto de la eminencia que domina la ciudad, fué transformándose en una negra tormenta cruzada de rayos que cubría los cielos como para devorarlos.

20. Y el verdadero Dios comenzó a relampaguear y a tronar y a maldecir sobre tanta cosa horrenda, y yo su verdadero sacerdote, caí de rodillas clamando: ¡Piedad! ¡Piedad!

21. Y oyéndome se ablandó su gran cólera y me dijo: Está bien. Pero anda tú, sacerdote, y mañana en la misa dí a tus feligreses: *Mirad lo que he soñado y ved lo que debéis hacer. Porque he visto que Dios relampagueaba sobre vuestros destinos.*

22. Todo esto dijo el sacerdote vuelto hacia los fieles. Y mientras hablaba, no dejó de notar que cada uno se secreteaba con el compañero, como diciéndose los unos a los otros: Este santo hombre tiene razón. (Pero lo que se decían era esto: ¡Quién lo creyera jamás! ¡O es un bribón o está rematadamente loco!) Y secreteándose maneaban la cabeza con un gesto afirmativo.

23. Tras lo cual se levantaban de uno en uno, y salían del templo, y volvían, y de nuevo se decían quién sabe qué cosas en secreto.

24. Hasta que terminada la homilía he aquí en la iglesia el médico director de la casa de los locos y una brigada de enfermeros con el chaleco de fuerza lista. Y la voz de uno como patriarca que decía: Llevadle.

25. Pero cuando patriarca y enfermeros se llegaban al altar para prender al santo hombre, ved ahí que saltó como una chispa del cáliz y como otra chispa de cada uno de los candelabros y que toda la iglesia se encendió en fuego vivo que, empero, no echaba humo.

26. Y el sacerdote estaba todo blanco en medio de aquella iglesia toda roja, ante aquella feligresía toda negra.

27. Y la iglesia se comenzó a levantar de la tierra como si un dulce viento la levantase, y el sacerdote blanco se levantaba también, en tanto que los feligreses negros miraban espantados el portento como clavados sobre el duro suelo.

28. Y el único signo que faltaba fué patente en el cielo; a saber que también había una iglesia roja sonrosando desde sus encendidas torres y campanarios la aurora de un nuevo día de la humanidad.

Arturo Capdevila

Los estudiantes de Costa Rica, regresan de Chile sin título, pero con honor

Los estudiantes costarricenses Lilia Ramos, Rómulo Valerio y Nora Paredes, han regresado de Chile sin el título que allá fueran a buscar, pero en cambio vuelven con el recuerdo de su actitud leal con respecto a sus compañeros. La falaz balanza de los hombres prácticos que todo lo juzgan por las ganancias que se obtengan, niega a esta actitud valor alguno, pero quién sabe si en aquella en que se miden las intenciones del espíritu, todos los títulos del mundo tendrían el peso necesario para ponerla en equilibrio!

El cónsul de Costa Rica en Santiago, don Arturo Oreamuno, y cuanta persona prudente hay en esta tierra, pueden pensar que el papel de estos muchachos debió haberse limitado a escuchar dóciles las lecciones de los profesores, a estudiar en los textos la materia que cada uno había escogido, a obtener buenas notas y a permanecer impasibles ante cualesquiera manifestaciones humanas de la Universidad. Con tal conducta habrían compensado el esfuerzo que significa para el Estado su viaje a Chile y su manutención. Para tales gentes es ab-

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "

surdo el gesto de solaridad de nuestros estudiantes con sus compañeros, gesto que ha traído como consecuencia la expulsión de Valerio de aquel país y el regreso en tercera clase, de Lilia Ramos y Nora Paredes.

Los estudiantes de Chile piden la libertad de compañeros presos y algunas medidas de autonomía que hace tiempos se viven en casi todas las Universidades de Europa y Estados Unidos. Los carabineros matan a un estudiante y resguardan las puertas de las escuelas universitarias. Nuestros muchachos costarricenses se ponen de parte de sus compañeros, a pesar de los prudentes consejos del cónsul Oreamuno. Ellos saben que la virtud de la prudencia cubre las más de las veces al miedo.

Dichosamente todavía quedan en Costa Rica jóvenes imprudentes que no creen en lo sagrado del gesto de un gobierno que resguarda con carabineros armados las puertas de su Universidad.

Para ellos, haber vuelto de Chile con un título dentro del baúl, que luego podían colgar de una pared dentro de la vanidad de un marco dorado y con toda clase de labraduras, habría sido permitir a su egoísmo una vulgaridad. Eso mismo trata de hacer el 97 por ciento de los habitantes del planeta que se meten por el sendero de lo intelectual. Era lo más cómodo para ellos, a quienes el estudio no asustaba, inclinarse dóciles ante los buenos consejos del Cónsul de Costa Rica en Santiago. Lo extraordinario, lo difícil, lo no vulgar, era, precisamente, no seguir estos *admirables* consejos, que excitaban a mirar desde seguro la lucha en que se debatían los compañeros. ¿Acáso el gobierno los había mandado a vivir? No, el gobierno los había mandado a estudiar y nada más . . .

Lo prudente de verdad, habría sido no enviar estudiantes a un país donde se destierra y reduce a una triste situación a los maestros que no se conforman con ver a su patria manejada por soldados entrenados a la prusiana, en donde los carabineros impiden a los estudiantes el acceso al recinto de la Universidad y los matan si se rebelan, en donde a educadores de valor como Amanda Labarca, se les tiene alejados de la escuela, por que sus anhelos de transformarla en algo más humano, no convienen al gobierno y en donde se pone al frente de la educación a un general que debe conocer al dedillo cuanta teoría de destrucción ha inventado el hombre.

Si para algunos paisanos nuestros, la conducta de estos estudiantes, en Chile ha merecido censura, para otros, en cambio, ha sido motivo de orgullo.

Lo bueno es esto de darnos cuenta de que todavía sabe producir Costa Rica estudiantes con algo más en la mollera que simple deseo de seca erudición.

Cuán pobre y ridículo habría sido para más de un costarricense, el regreso de nuestros estudiantes si su conducta hubiera seguido las pautas del cónsul Oreamuno, sino hubieran sabido ser leales con sus compañeros! ¡Qué líneas pobres y caricaturescas habría tenido su ser interno en el momento de exhibir ante jefes, familiares y amigos, el título adquirido gracias a un trabajo servil.

Bienvenidos sean a nuestra tierra los estudiantes costarricenses que han sabido regresar sin un cartón cubierto de sellos, palabras escritas con prodigios y rabos ciligráficos y con unas firmas ilegibles al pie, pero que han vuelto con una conciencia limpia de toda cobardía! Sí, no traen el cartón que consagra; en cambio, alguno de ellos trae el recuerdo de la estimación del profesor Loyola, uno de los hombres más dignos y nobles del continente indoamericano.

Carmen Lyra

San José, Costa Rica, setiembre de 1930.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

Tablero
—1930—

El tomo **II** *de las* Meditaciones *de Omar Dengo, ya está en prensa. Con la publicación de esta obra, los que siguen amándolo honran su memoria en el 2.º aniversario de su muerte. Quienes deseen adquirirla, diríjanse al Administrador del* Rep. Am. *Con la solicitud de la obra, remitan, bajo cubierta certificada, su precio:* ₡ **2.** *La edición es corta y no llegará el libro sino a quien se interese por adquirirlo.*

Precio del ejemplar en el extranjero $ **1** *oro am.*

La exaltación de Olaya Herrera

Uno de los acontecimientos cardinales de la vida política de Hispanoamerica es el triunfo del liberalismo en la república de Colombia. Hacía tiempo que el partido conservador venía rigiendo por sus reiterados triunfos, el organismo nacional de aquella egregia porción de nuestra América. La exaltación de Olaya Herrera significa el tránsito al liberalismo militante y vencedor. Síntoma del desarrollo político del mundo que ha visto, después de la guerra europea, hundirse los imperios y reinos de Europa, y que acaba de ver el derrocamiento del dictador español.

Colombia, que es para todos los americanos una tierra sagrada de libertad, vuelve sobre sí misma, alentando con su ejemplo el desarrollo ineludible de los altos destinos de nuestros pueblos.—*Antonio Caso*

(*El Tiempo*. Bogotá.)

INDICE

Legenda aut adquirenda

Libros chilenos:

Federico Gana: *Cuentos*	₡ 4-00
Armando Donoso: *La otra América*	3-50
Enrique Molina: *Dos filósofos contemporáneos* (Guyau-Bergson)	6-00
J. Edwards Bello: *El roto*. Novela	4-00
José Chioino: *Sinfonía en Yo*. Poemas	3-50
Frco. J. Cavado: *Filología castellana*. Para uso en los colegios de 2.ª enseñanza	3-50
Sara W. Singer: *Sonia*. Novela	3-50
V. Domingo Silva: *Palomilla Brava*. Novela	4-00
Víctor de Valdivia: *El imperio iberoamericano*	3-50
Pablo Neruda: *Crepusculario*. Poemas	4-00
Pedro Prado: *El juez rural*	4-00
Pablo Neruda: *El habitante y su esperanza*. Novela	3.00
Pedro Prado: *Androvar*. Poema dramático	3-00
Manuel Rojas: *Hombres del Sur*. Cuentos	4-00
Vicente Huidobro: *Vientos contrarios*	4-00
Gabriela Mistral: *Desolación*	6-00
Eduardo Barrios: *El niño que enloqueció de amor*. Novela	3-50
J. Edwards Bello: *El chileno en Madrid*. Novela	4-00

Novelas y Cuentos a ₡ **0.25** el cuaderno:

Silvio Pellico: *Mis prisiones*
Anton Chejov: *Historia de mi vida*
H. de Balzac: *Un asunto tenebroso*
Mayne Reid: *Los cazadores de cabelleras*
A. S. Puchkin: *La hija del capitán*
A. de Lamartine: *Graziella*
F. Bret Harte: *Maruja*
A. de Lamartine: *Regina*

Otros libros:

R. Tagore: *El sentido de la vida*. (Sadhana)	4-25
G. Papini: *Historia de Cristo*	6-00
Romain Rolland: *Mahatma Gandhi*	4-25
Amado Nervo: *Sus mejores poemas*	4-25

Dirigirse al Adr. del *Rep. Am*

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"
The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"
Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"
Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma
United States Rubber Co.

Maquinaria en General
James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

Imp Alsina (Sauter, Arias & Cº.) San José, Costa Rica

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "